

La historia de Aoyagi

y sus ecos del Japón



Lafcadio Hearn



LA HISTORIA DE AOYAGI Y SUS ECOS DEL JAPÓN LAFCADIO HEARN

Lafcadio hearn

La historia de aoyagi y sus ecos del japón



Lafcadio Hearn

Lafcadio Hearn nació en Grecia, en 1850, pero debido a su ascendencia irlandesa por parte de su padre, conservó la mayor parte de su vida la nacionalidad británica. Fue un gran estudioso de la cultura japonesa, traductor, periodista y corresponsal.

Su educación tuvo lugar en Inglaterra y Francia hasta que, en 1873, logró trabajar como redactor para el periódico *The Cincinnati Enquirer* en los Estados Unidos. Asimismo, en 1881, ingresaría a *The Times-Democrate*, en el que solía escribir artículos dominicales.

En 1890, viajó a Japón y se dedicó posteriormente a la enseñanza, gracias al profesor Basil Hall Chamberlain de la Universidad de Tokio. En 1894, publicó *Visiones del Japón menos conocido,* cuya obra recoge sus primeras impresiones de este país y su cultura. En los años siguientes publicó obras de mayor importancia estética, como *Chita o recuerdos de la isla última* (1884), *Kokoro* (1896) y *Kwaidan, cuentos fantásticos del Japón* (1903). Su último libro, titulado *Japón. Ensayo de interpretación* (1904), condensa todos sus conocimientos sobre la civilización oriental, su organización, tradiciones, religión y su evolución histórica.

Falleció en 1904, en Tokio.

La historia de Aoyagi y sus ecos del Japón
Lafcadio Hearn

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

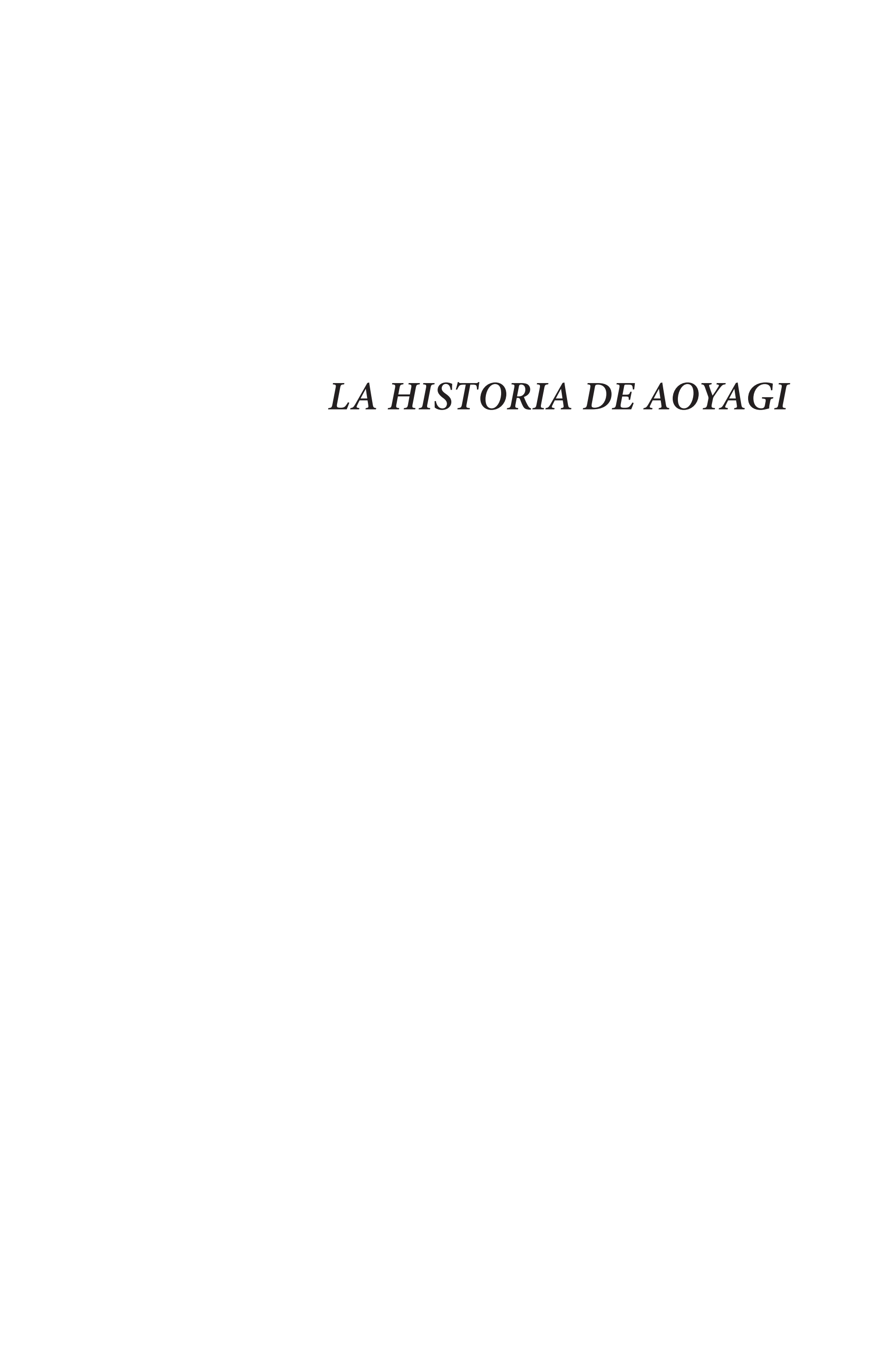
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LA HISTORIA DE AOYAGI

En la era de Bummei (1469-1486) hubo un joven samurái llamado Tomotada al servicio de Hatakéyama Yoshimuné, señor de Nôtô. Tomotada era nativo de Echizen, pero a temprana edad lo habían llevado como paje al palacio del *daimyô* de Nôtô, y allí lo habían adiestrado, bajo la supervisión del príncipe, en el ejercicio de las armas. Con el tiempo, demostró que sus virtudes como erudito no eran inferiores a sus virtudes como soldado, y continuó gozando del favor de su príncipe. Dotado de afabilidad, simpatía y apostura, ganó el afecto y la admiración de los otros samuráis.

Tomotada tenía veinte años cuando se le encomendó una misión especial ante Hosokawa Masamoto, gran *daimyô* de Kyotô y pariente de Hatakéyama Yoshimuné. Como recibió órdenes de pasar por Echizen, el joven solicitó y obtuvo licencia para visitar de paso a su madre, que era viuda.

Partió en la época más gélida del año; el campo estaba cubierto de nieve y, aunque el samurái contaba con un vigoroso corcel, se vio forzado a marchar con lentitud. Tomó una senda que se internaba en un paraje montañoso, donde los poblados eran escasos y distantes

entre sí; y en el segundo día de viaje, agotado por horas de cabalgata, sucumbió a la desesperación al ver que no podía llegar a su próximo descanso, sino hasta bien entrada la noche. Su ansiedad se justificaba, pues se cernía una pesada nevisca y un ventarrón frío e intenso, y el caballo ya parecía exhausto. Pero, en ese momento crucial, Tomotada súbitamente vislumbró el techo derruido de una cabaña en la cima de un monte coronado de sauces. Espoleó al animal, y no sin dificultades trepó hasta la casa; golpeó con fuerza los batientes de madera, cerrados para impedir la irrupción del viento. Una anciana acudió a abrirle, y al ver al apuesto desconocido, gritó, compadeciéndole:

—¡Ah, qué horrible! ¡Un joven caballero viajando solo con este tiempo!… Dígnese a entrar, joven señor.

Tomotada desmontó y, tras conducir su caballo a un establo al fondo de la casa, entró en la cabaña, donde vio a un viejo y una muchacha que se calentaban a la lumbre de una fogata hecha de ramas de bambú. Con todo respeto lo invitaron a compartir el fuego; los ancianos procedieron a calentar un poco de vino de arroz y a preparar comida para el viajero, a quien se aventuraron a interrogar con

respecto a su travesía. La joven, entretanto, desapareció detrás de una mampara. Tomotada había observado con asombro que esta era extraordinariamente bella, aunque su vestimenta consistía en aborrecibles harapos y tenía el cabello, largo y suelto, totalmente desgreñado. Le intrigó que una muchacha tan bonita viviera en un sitio tan pobre y desolado.

Le dijo el anciano:

—Honorable señor, el próximo pueblo está lejos; arrecia la nieve, el viento cala los huesos, y el camino está en malas condiciones. Seguir su camino esta misma noche sería, por tanto, algo peligroso. Aunque este cobertizo es indigno de su presencia, y aunque no tenemos comodidades que ofrecerle, quizá sea más seguro que esta noche se cobije bajo este techo miserable… Sabríamos cuidar de su cabalgadura.

Tomotada aceptó esta humilde propuesta, íntimamente feliz de disponer de más ocasiones de ver a la muchacha. Pronto le ofrecieron una comida tosca aunque abundante, y la joven regresó para servirle el vino. Se había cambiado de ropas y ahora lucía un vestido de confección casera, basto, pero limpio; se había peinado y cepillado los largos

cabellos. En cuanto ella se inclinó para llenar la copa, Tomotada comprobó con perplejidad que era más bella que todas las mujeres que había conocido; también lo asombraron sus gráciles movimientos. Pero los ancianos comenzaron a disculparse por ella, diciendo:

—Señor, nuestra hija, Aoyagi, ha sido criada aquí, en las montañas, prácticamente sola, e ignora los buenos modales. Le rogamos que disculpe su estupidez y su ignorancia.

Tomotada alegó que se consideraba dichoso al ser servido por una doncella tan bonita. No podía apartar los ojos de ella, aunque advertía que su mirada de admiración la hacía sonrojar; no probó el vino ni la comida.

—Amable señor —dijo la madre—, esperamos que intente comer y beber un poco, pues aunque nuestros alimentos son de la peor calidad, ese viento espantoso le debe haber helado.

Entonces, para complacer a los ancianos, Tomotada comió y bebió cuanto pudo, pero los encantos de la muchacha no dejaron de seducirlo. Habló con ella y descubrió que sus palabras eran tan dulces como su

rostro. Acaso la hubiesen criado en las montañas, pero, en tal caso, sus padres debían haber sido gente de rango en otro tiempo, pues hablaba y gesticulaba como una dama de alcurnia. Súbitamente, Tomotada le dirigió un poema —que también era una pregunta— inspirado por el deleite de su corazón:

Yendo a hacer una visita,
hallé algo que creí una flor:
por tanto, aquí pasaré el día…
¿Por qué, antes del alba,
han de encenderse los tintes del alba?
Eso en verdad lo ignoro.

Sin vacilar un instante, ella le respondió con estos versos:

Si con la manga oculto el lánguido
y hermoso color del sol crepuscular,
entonces es posible que mi señor
aún permanezca aquí por la mañana.

Entonces Tomotada supo que ella aceptaba su admiración; y el asombro que le causó la sutileza con que

ella hilvanara en versos sus sentimientos no fue inferior al deleite que le ocasionó la respuesta que estos implicaban. Ahora estaba seguro de que en todo este mundo jamás podría encontrar, y menos conquistar, a una muchacha más bella y sagaz que esta rústica doncella; y en su corazón, una voz parecía gritarle:

«¡Aprovecha la suerte que los dioses han puesto en tu camino!». En otras palabras, estaba hechizado, y lo estaba a tal punto que sin dilación les pidió a los ancianos la mano de su hija, no sin detallarles su propio nombre y linaje, y su rango en la corte del señor de Nôtô.

Ellos se inclinaron ante él, proclamando su sorpresa y gratitud. Pero, tras unos instantes de aparente vacilación, dijo el padre:

—Honorable señor, eres persona de alto rango y tienes posibilidad de elevarte más todavía. Muy grande es el favor que se digna a ofrecernos, y por cierto que no hay modo de expresar o medir la hondura de nuestra gratitud. Pero esta muchacha es solo una estúpida campesina, nacida en cuna humilde y sin educación de ningún tipo, y no es adecuado que se convierta en esposa de un noble samurái. Ni siquiera es correcto mencionar

tal posibilidad… Pero, puesto que la halla a su gusto y ha condescendido a disculpar sus rústicos modales y a pasar por alto su grosería, se la ofrecemos con gusto para que le sirva con humildad. Dígnese, pues, actuar como mejor convenga a su augusto placer.

Antes de la mañana se disipó la tormenta, y la claridad irrumpió desde el oriente sin nubes. Aunque la manga de Aoyagi ocultaba el arrebol del crepúsculo a los ojos de su amante, este no podía demorarse más. No obstante, no se resignaba a despedirse de la joven. Cuando todo estuvo dispuesto para el viaje, se dirigió a los padres con estas palabras:

—Aunque parezca ingrato solicitar más de lo que ya he recibido, una vez más quiero rogarles que me den a su hija por esposa. Ahora me sería difícil separarme de ella; y, puesto que ella está deseosa de acompañarme, si lo permiten, la llevaré tal como está. Si me la conceden, siempre los veneraré como padres… y acepten entretanto esta pobre señal de agradecimiento a su amabilísima hospitalidad.

Hablando de este modo, puso a los pies de su humilde anfitrión una bolsa de *ryô* de oro. Pero el anciano, tras

prosternarse reiteradas veces, le devolvió el presente con amabilidad, diciéndole:

—Bondadoso señor, de nada nos serviría el oro, y usted acaso lo necesite durante su larga jornada. Aquí no compramos nada y no podríamos bastar tanto tiempo aunque quisiéramos… En cuanto a la muchacha, ya se la hemos ofrecido como un regalo. Le pertenece: es innecesario que nos pida permiso para llevársela. Ya nos ha confiado que desea acompañarlo y ser su sirvienta tanto tiempo como se digne a mirarla. Con solo aceptarla, nos colma de felicidad; le imploramos que no se preocupe por nosotros. En este lugar no podíamos brindarle ropa adecuada… mucho menos una dote. Además, siendo viejos, pronto hubiésemos debido despedirnos de ella de cualquier modo. Es, pues, una suerte que su voluntad sea llevársela.

En vano intentó Tomotada persuadir a los ancianos que aceptaran el presente: el dinero no les interesaba. Pero advirtió que tenían verdadera ansiedad por confiarle el destino de su hija, de modo que decidió llevársela consigo. La montó sobre el caballo y se despidió de los ancianos por el momento, expresándoles su sincera gratitud.

—Honorable señor —respondió el padre—, somos nosotros, no usted, quienes debemos estar agradecidos. Estamos seguros de que tratará bien a nuestra niña y que no debemos temer por ella…

Ahora bien, un samurái no podía casarse sin consentimiento de su señor, y Tomotada no habría de obtenerlo antes de que su misión fuera cumplida. Tenía razones, en tales circunstancias, para temer que la belleza de Aoyagi le ganara enemigos que intentaran arrebatársela. En Kyôto, por tanto, procuró mantenerla oculta a los curiosos. Pero un servidor del señor Hosokawa vio un día a Aoyagi, descubrió cuál era su relación con Tomotada e informó del asunto al *daimyô*.

El *daimyô* —un joven príncipe adepto a las caras bonitas— ordenó que la muchacha compareciera en palacio, adonde aquella fue llevada en el acto y sin ceremonias.

Tomotada sufrió un ilimitado dolor, pero no ignoraba su impotencia. Era solo un humilde mensajero al servicio de un lejano *daimyô*, y por el momento estaba a la merced de un *daimyô* mucho más poderoso, cuyos deseos eran

irrecusables. Por lo demás, Tomotada sabía que había actuado como un necio, atrayendo su propio infortunio al iniciar una relación clandestina condenada por el código de la casta militar. Solo le quedaba un recurso desesperado: huir con Aoyagi, siempre que esta pudiera y quisiera. Tras largas reflexiones, decidió intentar enviarle un mensaje. El intento sería arriesgado, por supuesto: cualquier escrito que se le enviara podía caer en manos del *daimyô* y mandarle una carta de amor a una residente en palacio era una ofensa imperdonable. Pero resolvió correr el albur y compuso una carta en forma de poema chino, que intentó hacerle llegar. El poema estaba escrito con solo veintiocho caracteres. Pero en esos veintiocho caracteres pudo expresar toda la hondura de su pasión y sugerir todo el dolor de la ausencia:

El joven príncipe ahora sigue de cerca a la rutilante doncella;
las lágrimas de la bella, al caer, han humedecido todos sus vestidos.
Pero el augusto señor se prendó de ella…
y la profundidad de su anhelo iguala a la profundidad del océano.
Solo yo, pues, padezco el olvido, solo yo deambulo en la soledad[1].

1*Kôshi ôson gojin wo ou;*
Ryokuju namida wo taréte rakin wo hitararu;
Komon hitotabi iritè fukaki koto umi no gotoshi;
Koré yori shorô koré rojin.

Al anochecer del día en que envió el poema, Tomotada fue requerido por el señor Hosokawa. El joven sospechó en el acto que lo habían descubierto; y, si el *daimyô* había visto su carta, no tenía esperanzas de rehuir la pena capital.

«Ahora ordenará ejecutarme», pensó Tomotada, «pero no me importa vivir si no me devuelven a Aoyagi. Además, si determinan mi sentencia de muerte, al menos intentaré matar a Hosokawa».

Echó sus espadas al cinto y se dirigió al palacio.

Al entrar en la sala de audiencias, vio al señor Hosokawa en cuclillas sobre el estrado, rodeado por samuráis de alto rango, con gorros y mantos ceremoniales.

Todos estaban callados como estatuas, y mientras Tomotada avanzaba para tributar su homenaje, el silencio parecía tornarse denso y siniestro, como la quietud que precede al temporal. Pero Hosokawa descendió súbitamente del estrado y, tomando el brazo del joven, repitió las palabras del poema: «*El joven príncipe ahora sigue de cerca a la rutilante doncella…*». Y Tomotada, al mirarlo, vislumbró bondadosas lágrimas en los ojos del príncipe.

Dijo entonces Hosokawa:

—Ya que tanto se aman, me tomo la libertad de autorizar su matrimonio, arrogándome un derecho que le corresponde al señor de Nôtô; y su boda se celebrará en mi presencia. Los invitados están presentes, los regalos están dispuestos.

A una señal del señor, las mamparas corredizas fueron abiertas: Tomotada contempló un vasto salón donde múltiples dignatarios de la corte se habían congregado para la ceremonia y Aoyagi lo aguardaba con un vestido nupcial. De tal modo la muchacha le fue devuelta; la boda fue espléndida y jovial, y la joven pareja recibió valiosos presentes tanto del príncipe cuanto de los miembros de la corte.

Después de la boda, Tomotada y Aoyagi compartieron cinco años de felicidad. Pero una mañana, Aoyagi, mientras comentaba con su esposo un problema doméstico, profirió un súbito alarido de dolor y luego quedó pálida y tiesa. Después de unos instantes, dijo con un hilo de voz:

—Discúlpame por ese grito brutal…, ¡pero el dolor fue tan repentino! Querido esposo, nuestra unión ha

de estar inscrita en nuestro karma desde una existencia anterior, gracias a lo cual, espero, volveremos a estar juntos en más de una de las vidas que nos aguardan. Pero en esta existencia, tal unión se ha quebrado… Ha llegado el momento de separarnos. Repite en mi honor, lo imploro, la plegaria *Nembutsu*… porque agonizo.

—¡Oh! ¡Qué extrañas y ridículas fantasías! —exclamó el asombrado esposo—. No te sientes bien, querida… Eso es todo… Reclínate un rato y descansa, pronto pasará.

—¡No, no! —respondió Aoyagi—. ¡Agonizo! No es mi imaginación… Lo sé. Y ahora sería en vano, esposo mío, ocultarte la verdad por más tiempo: no soy un ser humano. Mi alma es el alma de un árbol, la savia del sauce es mi vida. Y alguien, en este instante cruel, derriba mi árbol y causa mi muerte… Ni siquiera tengo fuerzas para llorar… ¡Rápido, rápido! Repite el *Nembutsu* para mí… Rápido… ¡Ah!

Con otro alarido apartó la cabeza, e intentó ocultarla detrás de la manga. Pero en ese mismo instante todo su cuerpo pareció ceder del modo más extraño y caer hasta alcanzar el nivel del piso. Tomotada dio un salto e intentó aferrarla, pero no había nada que aferrar. En el piso solo

quedaban las ropas vacías de la hermosa criatura y los ornamentos con que se había tocado el cabello: el cuerpo había dejado de existir.

Tomotada se rasuró el cráneo, prestó juramento ante el Buda y se convirtió en monje viajero. Recorrió todas las provincias del imperio y, en todos los lugares sacros que visitaba, ofrecía plegarias por el alma de Aoyagi. Al llegar a Echizen, en el curso de su peregrinación, buscó el hogar de los padres de su amada. Pero cuando llegó a ese solitario paraje entre los montes, comprobó que la choza había desaparecido. No había señal alguna que precisara el lugar donde había estado, salvo los tocones de tres sauces (dos árboles viejos y uno joven), talados mucho antes de su llegada.

Junto a los tocones de los sauces erigió un monumento funerario, en el que inscribió diversos textos sagrados; y allí ofició muchas ceremonias budistas en memoria de los espíritus de Aoyagi y sus padres.

LA HISTORIA DE MIMI-NASHI HÔÎCHI

Hace más de setecientos años, en Dan-no-ura, en las gargantas del Shimonoséki, se libró la última batalla de la larga contienda entre los Heiké, o clan Taira, y los Gengi, o clan Minamoto. Allí fueron exterminados los Heiké, con sus mujeres y sus niños, y su pequeño emperador, hoy recordado como Antoku Tennô. Y hace más de setecientos años que el mar y la costa están encantados… En otra parte me he referido a los extraños cangrejos de mar, llamados cangrejos Heiké, que lucen rostros humanos en el lomo y que son, según se dice, los espíritus de los guerreros Heiké. En esa costa se ven y se oyen cosas muy raras. En las noches sin luna, millares de fuegos espectrales aletean en la playa, o relumbran sobre el oleaje, pálidas luces que los pescadores llaman *Oni-bi*, o fuegos demoníacos; y, cuando los vientos se enardecen, profusos alaridos provienen del mar, semejantes al clamor de una batalla.

En otra época, los Heiké ignoraban el sosiego mucho más que ahora. Por las noches, se subían a las naves que cruzaban sus dominios e intentaban hundirlas; y jamás dejaban de acechar a los nadadores para arrastrarlos consigo. Para aplacar a esos muertos se construyó el templo budista, *Amidaji*, en Akamagaséki. Junto a él,

cerca de la playa, se levantó un cementerio, poblado por monumentos, cuyas inscripciones evocan los nombres del emperador ahogado y de sus grandes vasallos; y allí se realizaban regularmente ceremonias budistas consagradas a esos espíritus. Edificado el templo, erigidas las tumbas, los Heiké ya no inquietaron a los vivos con tanta frecuencia; mas no cesaron, ocasionalmente, de hacer cosas raras, que demostraban que aún no habían hallado la paz perfecta.

Hace algunos siglos vivía en Akamagaséki un ciego llamado Hôîchi, famoso por su destreza en la declamación y en la ejecución del *biwa*. Le habían enseñado su arte en la infancia, y en la juventud ya superaba a sus maestros. Como *biwa-hôshi* profesional, debía ante todo su fama a la exposición que hacía en sus versos de la historia de los Heiké y de los Gengi; y se cuenta que cuando cantaba la canción de la batalla de Dan-no-ura «ni siquiera los duendes (*kijin*) podían contener las lágrimas».

En los inicios de su carrera, Hôîchi era muy pobre; pero encontró un buen amigo que le brindó su ayuda. El sacerdote del *Amidaji* gustaba de la música y la poesía, y con frecuencia invitaba a Hôîchi a tocar y recitar en

el templo. Más tarde, impresionado por la maravillosa habilidad del joven, el sacerdote le propuso que se instalara en el templo, oferta que aceptó con gratitud. Una habitación del templo fue destinada a Hôîchi, quien, a cambio de comida y alojamiento, no debía sino deleitar al sacerdote con su música ciertas noches que no tuviera otros compromisos.

Una noche de verano llamaron al sacerdote para realizar un servicio budista en casa de alguien que había muerto en la vecindad; él se fue con su acólito, y Hôîchi quedó solo en el templo. Era una noche tórrida, y el ciego quiso refrescarse en la veranda que había ante su dormitorio. La veranda daba a un pequeño jardín, en la parte de atrás del *Amidaji*. En ese lugar, Hôîchi aguardó el regreso del sacerdote, e intentó distraer la soledad mediante la música de su *biwa*. Pasó la medianoche, y el sacerdote no aparecía. Pero como aún reinaba una atmósfera demasiado sofocante como para entrar, Hôîchi optó por quedarse afuera. Al fin escuchó unos pasos que se acercaban desde la puerta de atrás. Alguien cruzó el jardín, avanzó hasta la veranda y se detuvo justo frente a él… pero no era el sacerdote. Una voz hueca pronunció el nombre del ciego, con el modo abrupto y descortés con que un samurái se dirige a un subalterno:

—¡Hôîchi!

Hôîchi, harto sorprendido, no supo responder al instante; y la voz lo llamó una vez más, en tono áspero y perentorio:

—¡Hôîchi!

—¡*Hai*! —respondió el ciego, amedrentado por ese acento amenazador—. ¡Soy ciego! ¡No sé quién me llama!

—No hay nada que temer —exclamó el desconocido con voz más mesurada—. Estoy sirviendo en las cercanías de este templo y soy portador de un mensaje para ti. Mi actual señor, hombre de altísimo rango, está de paso en Akamagaséki, con muchos y muy nobles servidores. Deseaba contemplar el escenario de la batalla de Dan-no-ura, y hoy visitó ese lugar. Como supo de tu habilidad para recitar la historia de la batalla, desea que actúes en su presencia: de modo que tomarás tu *biwa* y me acompañarás al palacio donde aguarda la augusta asamblea.

En aquellos tiempos, difícilmente se hacía caso omiso a las órdenes de un samurái. Hôîchi se calzó las sandalias,

tomó su *biwa* y se fue en pos del desconocido, quien lo guio con destreza, aunque obligándolo a caminar muy rápido. La mano que lo guiaba era de hierro, y el rechinar de sus pasos mostraba que estaba completamente armado…, quizá fuera un centinela de palacio. El temor de Hôîchi se disipó: comenzó a sospechar que era muy afortunado, pues, al recordar que el servidor le había hablado de un «hombre de altísimo rango», pensó que el señor que deseaba escucharlo no podía ser menos que un *daimyô* de la clase superior. El samurái no tardó en detenerse; y Hôîchi advirtió que habían llegado ante un amplio portal… lo cual le intrigó, pues no recordaba ningún portal en esa parte del pueblo, salvo la entrada principal del *Amidaji*.

—¡*Kaimon*!— gritó el sirviente. Hubo un chirrido metálico y ambos siguieron adelante. Atravesaron un vasto jardín y se detuvieron nuevamente ante otra entrada.

—¡Acércate! —gritó el samurái—. Traigo a Hôîchi.

Entonces se sucedieron los pasos apresurados, el susurro de las mamparas, el rumor de las puertas correderas y el murmullo de las voces femeninas. Por

el modo de hablar de las mujeres, Hôîchi advirtió que integraban la corte de algún señor de alcurnia, mas no pudo imaginar a qué sitio lo habían conducido. No tuvo tiempo para cavilar al respecto. Una vez que alguien lo ayudó a ascender por varios peldaños de piedra (en el último de los cuales debió dejar las sandalias), una mano de mujer lo guio por interminables y resbaladizos entarimados, lo hizo girar ante innumerables esquinas con columnas y lo llevó por pisos de esterilla, cuya superficie era asombrosa por la amplitud, hasta el centro de un vasto recinto. Pensó que allí se congregaba una multitud de gente de rango, pues el susurro de la seda era semejante al sonido de las hojas de un bosque. También escuchó un denso murmullo de voces que hablaban en tono muy bajo, cuyo lenguaje era el lenguaje de las cortes.

Le dijeron a Hôîchi que se acomodara a su gusto, y él descubrió que le habían preparado un almohadón. En cuanto se colocó y afinó su instrumento, la voz de una mujer —quien, según imaginó Hôîchi, sería la *Rôjo*, o matrona al cargo del personal femenino— se dirigió a él con estas palabras:

—Recítanos ahora la historia de los Heiké, acompañándote con tu *biwa*.

Declamar todo el poema habría requerido muchas noches; Hôîchi, por lo tanto, se aventuró a preguntar:

—Siendo la historia tan larga como es, ¿qué parte de ella desea mi augusta audiencia que le recite?

La voz de la mujer respondió:

—Recítanos la historia de la batalla de Dan-no-ura, que se destaca por su piedad.

Entonces Hôîchi elevó la voz y entonó el canto del combate del mar encrespado, y los sonidos de su *biwa* imitaban el chasquido de los remos y el bogar de las naves, el zumbido y el susurro de los dardos, los gritos y embates de los guerreros, el crujido del acero sobre los cascos, la caída de los cuerpos en el agua. Y cada vez que había una pausa, escuchaba voces elogiosas que murmuraban:

—¡Qué artista más maravilloso! ¡Jamás, en nuestra provincia, escuchamos cantar de ese modo! ¡No hay en todo el imperio un cantor como Hôîchi!

Esto le infundió nuevos ánimos, por lo que tocó y cantó aun mejor que antes; y le respondió un profundo susurro

de asombro. Mas cuando al fin llegó al adverso destino de los hermosos y los débiles, al estremecedor exterminio de los niños y las mujeres, y al salto de muerte de Nii-no-Ama, con el heredero del trono en sus brazos, los concurrentes profirieron un grito prolongado, unánime y conmovedor, al que siguieron gemidos y sollozos tan fuertes y feroces que el ciego sintió temor ante la violencia de la pena que había suscitado, pues llantos y gemidos continuaron durante largo rato. Pero gradualmente se fueron desvaneciendo las lamentaciones; y una vez más, en el hondo silencio que imperó a continuación, Hôîchi escuchó la voz de la mujer que, según él creía, era la *Rôjo*.

Esta le dijo:

—Aunque nos habían asegurado que eras muy diestro en la ejecución del *biwa*, y que tu modo de cantar no resistía comparación, ignorábamos que alguien pudiera demostrar tanta destreza como la que esta noche nos has revelado. Nuestro señor se complace en anunciarte que está dispuesto a ofrecerte una recompensa que iguale tus méritos, mas desea que actúes en su presencia en las seis próximas noches, al cabo de las cuales es probable que continúe su augusto viaje de retorno. Mañana por

la noche, por consiguiente, debes venir aquí a la misma hora. El servidor que esta noche fue en tu busca irá por ti… Hay otra cosa que me han ordenado que te informe. Se te requiere que a nadie menciones las visitas que nos haces durante la augusta permanencia de nuestro señor en Akamagaséki. Como él viaja de incógnito, es su voluntad que nadie se entere de lo que ocurre… Ahora, estás en libertad para volver a tu templo.

Después que Hôîchi hubo expresado su debida gratitud, la mano de una mujer lo condujo hasta la entrada del palacio, donde el mismo samurái que lo había traído lo aguardaba para conducirlo a casa. El servidor lo llevó hasta la veranda de la parte trasera del templo y allí se despidió de él.

Hôîchi regresó casi al alba, pero nadie había advertido su ausencia, pues el sacerdote, que había vuelto a horas tardías, lo supuso dormido. Hôîchi pudo descansar durante el día, y no hizo ningún comentario sobre su extraña aventura. A la medianoche siguiente, el samurái volvió en su busca y lo condujo ante la augusta asamblea, ante la cual Hôîchi volvió a actuar con el mismo éxito que había obtenido la noche anterior. Pero, durante

esta segunda visita, accidentalmente descubrieron su ausencia en el templo; y cuando regresó al amanecer el sacerdote requirió su presencia y le dijo, en un tono de afable reconvención:

—Nos has causado gran ansiedad, amigo Hôîchi. Salir, a ciegas y a solas, a horas tan avanzadas, es peligroso. ¿Por qué te fuiste sin avisarnos? Pude poner un sirviente a tu disposición. ¿Y dónde has estado?

—¡Perdóname, querido amigo! —respondió evasivamente Hôîchi—. Hube de atender un asunto particular y no pude hacerlo a otras horas.

La reticencia de Hôîchi asombró al sacerdote antes de mortificarlo: esa actitud le pareció poco natural y despertó su suspicacia. Temió que algún espíritu maligno hubiese embrujado o engañado al joven ciego. No formuló más preguntas, pero privadamente impartió instrucciones a los servidores del templo para que vigilaran los movimientos de Hôîchi y lo siguieran en caso de que él volviera a alejarse durante la noche.

A la noche siguiente observaron que Hôîchi volvía a dejar el templo; los sirvientes encendieron las lámparas

y lo siguieron. Pero era una noche lluviosa y muy oscura, y antes de que los sirvientes pudieran llegar al camino, Hôîchi había desaparecido. Era obvio que había caminado con gran rapidez…, un hecho asombroso, teniendo en cuenta su ceguera, pues el camino estaba en pésimas condiciones. Los hombres se apresuraron a internarse en las calles y a preguntar en todas las casas que Hôîchi solía frecuentar; sin embargo, nadie lo había visto. Finalmente, mientras regresaban al templo por el camino de la costa, los sorprendió el sonido de un *biwa*, ejecutado con tenacidad en el cementerio de *Amidaji*. A excepción de algunos fuegos fatuos —habituales en ese lugar en las noches tenebrosas—, no había en esa dirección sino espesas penumbras. Pero los hombres, sin vacilar, se precipitaron hacia el cementerio; y allí, a la luz de sus lámparas, descubrieron a Hôîchi, sentado bajo la lluvia, solo, ante el monumento erigido en memoria de Antoku Tennô, tocando el *biwa* y entonando en voz alta el canto de la batalla de Dan-no-ura. Y detrás de él, y a su alrededor, y en todo el cementerio, ardían como bujías los fuegos de los muertos. Jamás mortal alguno presenció tan magna congregación de *Oni-bi*.

—¡Hôîchi San! ¡Hôîchi San! —gritaron los sirvientes—. ¡Estás embrujado! ¡Hôîchi San!

Pero el ciego no parecía oírlos. Se esforzaba en reproducir con el *biwa* rasgueos, crujidos y clamores, y su voz se enardecía al cantar la batalla de Dan-no-ura. Lo aferraron y le gritaron al oído.

—¡Hôîchi San! ¡Hôîchi San! ¡Acompáñanos en el acto!

Él les dirigió un severo reproche:

—Interrumpirme de este modo, ante tan augusta asamblea, es por cierto intolerable.

Ante lo cual, pese a lo siniestro de la circunstancia, los sirvientes no pudieron contener la risa. Seguros de que Hôîchi estaba embrujado, lo apresaron, lo pusieron de pie y por la fuerza lo arrastraron al templo, donde en el acto lo despojaron de sus ropas húmedas, a instancias del sacerdote, lo cubrieron con otra vestimenta y le ofrecieron comida y bebida. Entonces el sacerdote exigió una detallada explicación de la asombrosa conducta de su amigo.

Hôîchi vaciló durante largo rato. Pero al fin, comprendiendo que su conducta realmente había alarmado y enfurecido al buen sacerdote, decidió

deponer su reserva; refirió, pues, todo lo ocurrido a partir de la primera visita del samurái.

Le dijo el sacerdote:

—¡Hôîchi, mi pobre amigo, estás en gran peligro! ¡Qué lástima que no me lo hayas dicho antes! Tu maravillosa destreza musical te ha metido, por cierto, en extraños problemas. Es hora de que sepas que no has visitado palacio alguno, sino que has pasado las noches en el cementerio, entre las tumbas de los Heiké; y ante el monumento que evoca la memoria de Antoku Tennô esta noche te halló nuestra gente, sentado bajo la lluvia. Cuanto has experimentado no fue sino una ilusión…, salvo la llamada de los muertos. Al obedecerlos una vez, te has puesto en sus manos. Si vuelves a obedecerlos después de lo ocurrido, te harán pedazos. De todos modos, te hubiesen destruido, tarde o temprano… Ahora bien, esta noche no podré permanecer contigo, pues han solicitado mis servicios. Pero, antes de irme, será necesario que proteja tu cuerpo cubriéndolo con textos sagrados.

Antes del crepúsculo, el sacerdote y su acólito desnudaron a Hôîchi; entonces, con sus pinceles, le trazaron sobre el pecho y la espalda, la cabeza, el rostro y

el cuello, los miembros, las manos y los pies —aun sobre las plantas de los pies, y sobre cada rincón de su cuerpo—, el texto del *sûtra* sagrado que denominan «Hannya-Shin-Kyô». Cumplida esta tarea, el sacerdote instruyó a Hôîchi de este modo:

—Esta noche, apenas yo haya partido, debes sentarte en la veranda y esperar. Te llamarán. Pero, pase lo que pase, no respondas y no hagas movimiento alguno. No digas nada, quédate quieto, como si estuvieras meditando. Si te mueves, o haces algún ruido, te destrozarán. No te asustes; y ni sueñes con pedir ayuda… pues ninguna ayuda podrá salvarte. Si haces tal como te digo, el peligro se disipará y quedarás libre de todo temor.

En cuanto anocheció, el sacerdote y su acólito dejaron el templo; y Hôîchi se sentó en la veranda de acuerdo con las instrucciones que había recibido. Dejó el *biwa* en el suelo, asumió una actitud meditativa, y permaneció inmóvil, cuidándose de no toser, y de que no se oyera su respiración. Estuvo así durante horas.

Al fin escuchó pasos en el camino. Estos cruzaron la entrada, atravesaron el jardín, se aproximaron a la veranda, y se interrumpieron, justo frente a él.

—¡Hôîchi! —llamó la voz hueca.

Pero el ciego contuvo el aliento y mantuvo su rigidez.

—¡Hôîchi! —repitió ásperamente la voz. Y luego, por tercera vez, con ferocidad:

—¡Hôîchi!

Hôîchi permaneció inerte como una piedra. La voz gruñó:

—¡Nadie responde! ¡No importa…! Lo buscaré…

Pasos de hierro retumbaron en la veranda. Lentamente, los pies se acercaron y se detuvieron ante Hôîchi. Hubo un largo intervalo de ominoso silencio, durante el cual Hôîchi sintió que todo su cuerpo se estremecía al ritmo acelerado de su corazón.

Al fin la voz ronca murmuró junto a él:

—Aquí está la *biwa*; pero de quien lo toca solo veo… ¡Un par de orejas…! Eso explica que no haya respondido: no tiene boca para responder… de él no quedan sino las

orejas… Le llevaré, pues, estas orejas a mi señor, como prueba de que sus augustas órdenes han sido obedecidas, en la medida de lo posible…

En ese instante, Hôîchi sintió que unos dedos de hierro le agarraban las orejas, arrancándoselas. Pese al dolor, contuvo sus gritos. Los pesados pasos abandonaron la veranda, descendieron al jardín, se alejaron por la carretera, y dejaron de oírse. A ambos lados de la cabeza, el ciego sentía correr un líquido cálido y espeso; pero no se atrevía a levantar las manos.

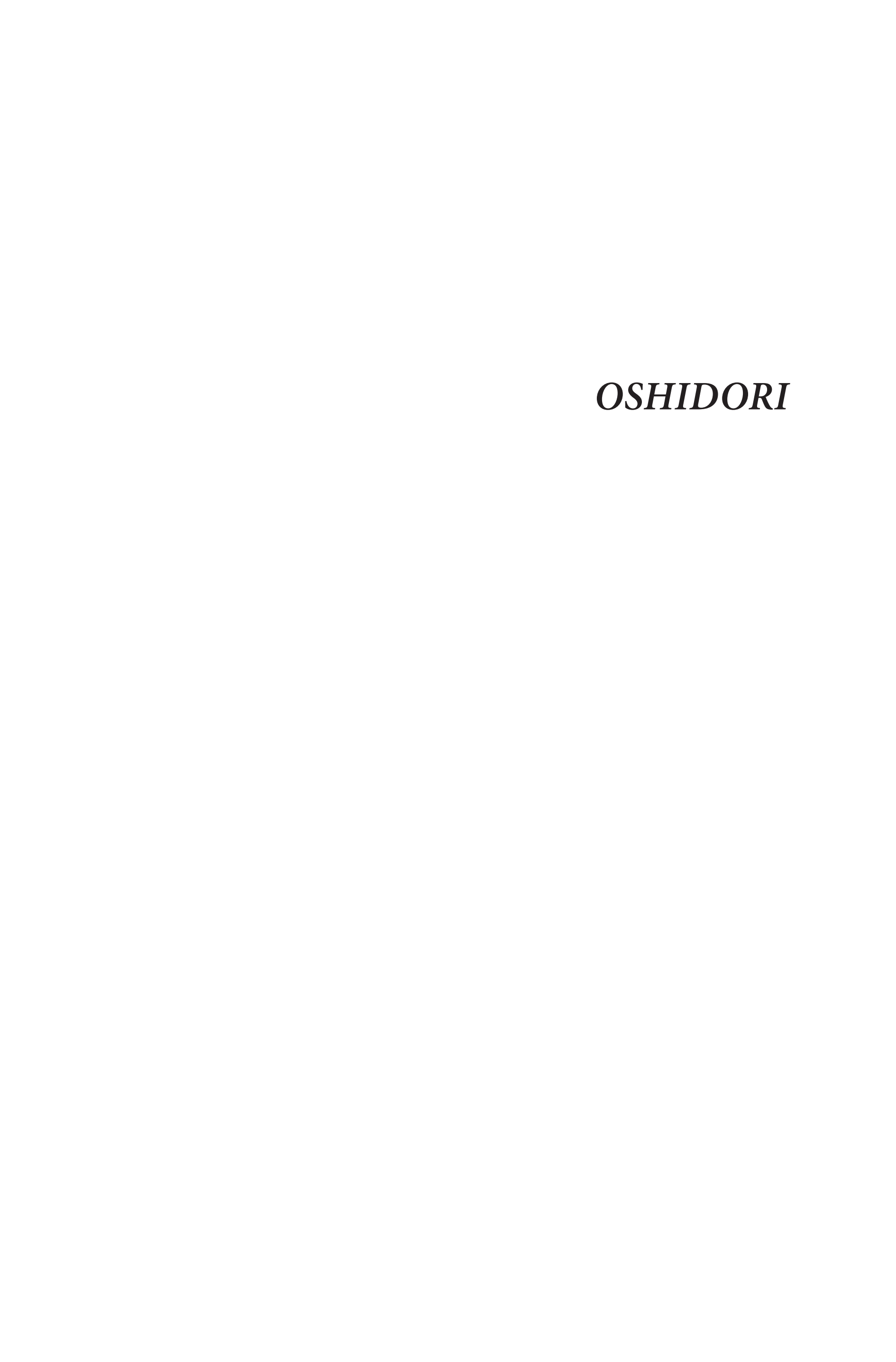
El sacerdote regresó antes del alba. En el acto se dirigió a la veranda del fondo, y al entrar resbaló en una mancha viscosa que le arrancó un grito de horror, pues la luz de la lámpara le reveló que esa viscosidad era sangre. Entonces vio a Hôîchi, sentado, en actitud meditativa, mientras de sus heridas aún fluía la sangre.

—¡Mi pobre Hôîchi! —exclamó el sacerdote, perplejo—. ¿Qué es esto…? ¿Te han herido…?

Al escuchar la voz de su amigo, el ciego se sintió a salvo. Rompió a llorar, y en medio de sus lágrimas refirió su aventura nocturna.

—¡Pobre, pobre Hôîchi! —exclamó el sacerdote—. ¡Todo por mi culpa, todo por mi imperdonable culpa…! En cada rincón de tu cuerpo inscribimos los textos sagrados… ¡salvo en tus orejas! Confié a mi acólito esa parte de la tarea, y fue un gran error por mi parte no haberme fijado si lo había hecho… Bueno, nada puede hacerse ahora, salvo tratar de curar tus heridas sin demora… ¡Alégrate, amigo mío! Ha terminado el peligro. Jamás volverán a perturbarte esos visitantes.

Gracias a la asistencia de un buen médico, Hôîchi no tardó en recobrarse de sus heridas. La historia de su extraña aventura se propagó por todas partes y lo hizo famoso. Muchos nobles acudían a Akamagaséki para gozar de su arte; y Hôîchi recibió pródigas ofrendas en dinero, que hicieron de él un hombre de fortuna. Pero, desde que ocurrió su aventura, solo se lo conoció por el apelativo de «Mimi-nashi- Hôîchi»: Hôîchi, *el Desorejado*.



OSHIDORI

Había un cazador y halconero llamado Sonjô, que vivía en el distrito de Tamura-no- Gô, provincia de Mutsu. Un día salió de caza y no descubrió presa alguna. Pero en el camino de regreso, en un sitio llamado Akanuma, Sonjô vio un par de *oshidori* (patos de los mandarines) que nadaban juntos en un río que él estaba a punto de cruzar. No está bien matar *oshidori*, pero Sonjô, acosado por el hambre, decidió dispararles. Su dardo atravesó al macho; la hembra se deslizó entre los juncos de la orilla opuesta y desapareció. Sonjô se apoderó del ave muerta, la llevó a casa y la cocinó.

Esa noche tuvo un sueño perturbador. Creyó ver una hermosa mujer que entraba en su cuarto, se erguía junto a su almohada y se echaba a llorar. El llanto era tan amargo que, al escucharlo, el corazón de Sonjô parecía desgarrarse. Y le dijo la mujer:

«¿Por qué? ¿Por qué lo mataste? ¿Qué mal te había hecho…? ¡Éramos tan felices en Akanuma… y tú lo mataste! ¿Qué daño te causó? ¿Te das cuenta siquiera de lo que has hecho? ¡Oh! ¿Te das cuenta del acto perverso y cruel que has perpetrado…? También me diste muerte a mí, pues no podré vivir sin mi esposo… Solo vine para decirte esto».

Y una vez más se echó a llorar en voz alta, con tal amargura que el sonido de su llanto penetró en los mismos tuétanos del cazador; y luego sollozó las palabras de este poema:

¡Al llegar el crepúsculo
lo invité a regresar junto a mí!
Ahora, dormir sola a la sombra de los juncos de Akanuma…
¡Ah!, ¡qué inefable desdicha!

Y luego de proferir estos versos exclamó: «Ah, no te das cuenta… ¡No puedes darte cuenta de lo que has hecho! Pero mañana, cuando vayas a Akanuma, ya verás… ya verás…». Y con estas palabras, estremecida por el llanto, se alejó.

Al despertar por la mañana, Sonjô recordaba el sueño con tal vividez que sintió una profunda consternación. Evocó estas palabras: «Pero mañana, cuando vayas a Akanuma, ya verás… ya verás…». Y resolvió ir allí en el acto, para averiguar si su sueño era algo más que un sueño.

Se dirigió, pues, a Akanuma; al llegar junto a la margen del río, vio a la *oshidori* hembra, que nadaba a solas. En

el mismo instante, el ave advirtió la presencia de Sonjô, pero, en lugar de darse a la fuga, nadó derecho hacia él, clavándole una mirada extraña y tenaz. Entonces, con el pico, súbitamente se desgarró el cuerpo y murió ante los ojos del cazador.

Sonjô se rasuró la cabeza y se hizo sacerdote.



LA HISTORIA DE O-TEI

Hace mucho tiempo, en la ciudad de Niigata, provincia de Echizen, vivía un hombre llamado Nagao Chôsei, hijo de un médico, que fue educado para ejercer la profesión de su padre. A temprana edad se había comprometido con una muchacha llamada O-Tei, hija de un amigo de su padre; y ambas familias habían acordado que la boda se realizaría apenas Nagao culminara sus estudios. Pero O-Tei adolecía de una frágil salud, y a los quince años fue atacada por una fatídica enfermedad. Cuando advirtió que su muerte era inevitable, llamó a Nagao para despedirse.

En cuanto él se arrodilló ante el lecho, le dijo O-Tei:

—Querido Nagao-Sama, estamos mutuamente comprometidos desde nuestra más tierna infancia, y debíamos habernos casado a fines de este año. Pero voy a morir, y los dioses saben que es lo mejor para ambos. Si viviera algunos años más, solo podría causar problemas y disgustos. Con este cuerpo débil, no podría ser una buena esposa; y el deseo de vivir, por tanto, para no abandonarte, sería un deseo muy egoísta. Estoy resignada a la muerte, y quiero que me prometas que no vas a lamentarla… Además, quiero decirte que volveremos a encontrarnos.

—Claro que sí —respondió Nagao con fervor—. Y en Tierra Pura no volveremos a distanciarnos.

—No, no —replicó ella con suavidad—. No me refiero a la Tierra Pura. Creo que estamos destinados a encontrarnos una vez más en este mundo…, aunque mañana han de sepultarme.

Nagao la observó con perplejidad y advirtió que ella sonreía. O-Tei prosiguió, con voz lánguida y evanescente:

—Sí, quiero decir en este mundo… y en esta vida, Nagao-Sama. Siempre, por supuesto, que lo desees. Solo que para que esto ocurra, nuevamente he de nacer y alcanzar la mayoría de edad. De modo que tendrías que esperar. Quince… dieciséis años; es mucho tiempo… Pero, prometido mío, solo tienes diecinueve.

Nagao quiso aliviar su agonía y le respondió:

—Esperarte, prometida mía, es menos un deber que un motivo de júbilo. Estamos mutuamente ligados por el término de siete existencias.

—¿Pero dudas acaso? —inquirió ella, observándole el rostro.

—Querida mía —respondió él—, dudo si podré conocerte con otro cuerpo y con otro nombre… a menos que puedas darme alguna señal o contraseña.

—Eso no está en mi poder —dijo O-Tei—. Solo los dioses y los budas saben cómo y cuándo nos encontraremos. Pero estoy segura, muy, muy segura, de que si tienes voluntad de recibirme, podré volver junto a ti… Recuerda estas palabras…

Dejó de hablar, cerró los ojos. Estaba muerta.

Nagao había amado a O-Tei con sinceridad, y su pena fue muy profunda. Hizo confeccionar una tablilla mortuoria, inscribió en ella el *zokumy*ô de O-Tei, hizo colocar la tablilla en el *butsudan*, y cada día le dedicó sus ofrendas. Mucho caviló sobre las palabras que O-Tei pronunciara antes de morir; y, con la esperanza de agradar a su espíritu, escribió la solemne promesa de desposarla si alguna vez regresaba a él con otro cuerpo. Lacró con su sello esta promesa y la colocó en el *butsudan*, junto a la tablilla mortuoria de O-Tei.

No obstante, como Nagao era hijo único, fue necesario que contrajera matrimonio. Pronto se vio en la obligación

de ceder ante la voluntad de su familia y de aceptar una esposa escogida por su padre. Una vez casado, no dejó de depositar sus ofrendas ante la tablilla de O-Tei; y jamás dejó de recordarla con afecto. Pero gradualmente la imagen de ella se oscureció en su memoria, como un sueño difícil de evocar. Y transcurrieron los años.

Esos años le depararon múltiples infortunios. La muerte le arrebató a sus padres, luego a su esposa y a su único hijo. De modo que se halló solo en el mundo. Abandonó su desolado hogar y emprendió una larga travesía con la esperanza de olvidar sus penas.

Un día, en el curso de sus viajes, llegó a Ikao, una aldea de montaña, aún famosa por sus fuentes termales y por el hermoso paisaje que la rodea. Se detuvo en una posada, donde lo atendió una muchacha; y Nagao, al ver el rostro de la joven, sintió que su corazón latía como no lo había hecho jamás. Tanto se parecía a O-Tei que el viajero se pellizcó para convencerse de que no estaba soñando. Mientras ella iba y venía —preparando el fuego, sirviendo la comida, arreglando el cuarto del huésped—, Nagao evocó, en cada uno de sus gestos y actitudes, la graciosa imagen de la muchacha que había amado en su

juventud. Le habló; ella le respondió con una voz suave y diáfana, cuya dulzura lo abrumó con la tristeza de tiempos pasados.

Al fin, muy intrigado, la interrogó de este modo:

—Hermana, te pareces tanto a una persona que conocí hace mucho tiempo, que recibí una gran sorpresa cuando entraste a esta habitación. Discúlpame, pues, si te pregunto dónde naciste y cuál es tu nombre.

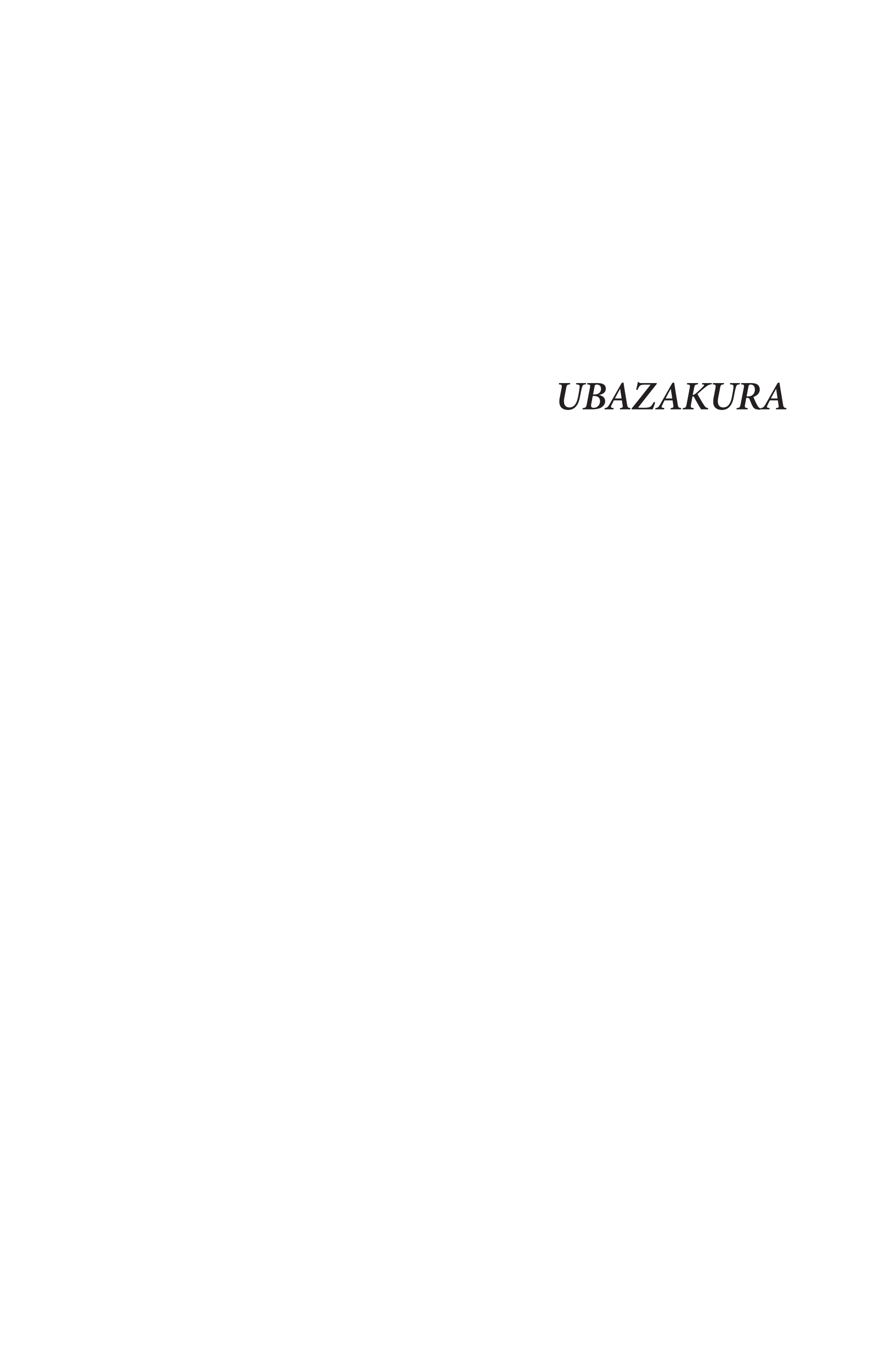
De inmediato —con la inolvidable voz de la muerta— ella respondió:

—Mi nombre es O-Tei; y tú eres Nagao Chôsei de Echigo, mi prometido. Hace diecisiete años fallecí en Niigata; luego tú me hiciste una promesa por escrito, diciendo que me desposarías si yo regresaba a este mundo con cuerpo de mujer, y lacraste esta promesa con tu sello, y la colocaste en el *butsudan*, junto a la tablilla en que está inscrito mi nombre. Y por eso he vuelto.

Dijo estas últimas palabras, y se desmayó.

Nagao la desposó y compartieron un dichoso matrimonio. Pero ella jamás pudo recordar cuál había

sido su respuesta en Ikao; nada recordaba, asimismo, de su previa existencia. La memoria de su vida anterior —enigmáticamente encendida en el momento del encuentro— había vuelto a apagarse, y así permaneció a partir de entonces.



UBAZAKURA

Hace trescientos años, en la aldea de Asamimura, distrito de Osengôri, provincia de Iyô, vivía un buen hombre llamado Tokubei. Este Tokubei era la persona más rica del distrito, y el *muraosa*, o jefe de la aldea. La suerte le sonreía en muchos aspectos, pero alcanzó los cuarenta años de edad sin conocer la felicidad de ser padre. Afligidos por la esterilidad de su matrimonio, él y su esposa elevaron muchas plegarias a la divinidad Fudô Myô Ô, que tenía un famoso templo, llamado Saihôji, en Asamimura.

Sus plegarias no fueron desoídas: la mujer de Tokubei dio a luz una hija. La niña era muy bonita, y recibió el nombre de O-Tsuyu. Como la leche de la madre era deficiente, tomaron una nodriza, llamada O-Sodé, para alimentar a la pequeña.

O-Tsuyu, con el tiempo, se transformó en una hermosa muchacha; pero a los quince años cayó enferma y los médicos juzgaron irremediable su muerte. La nodriza O-Sodé, quien amaba a O-Tsuyu con auténtico amor materno, fue entonces al templo de Saihôji y fervorosamente le rogó a Fudô-Sama por la salud de la niña. Todos los días, durante quince días, acudió al

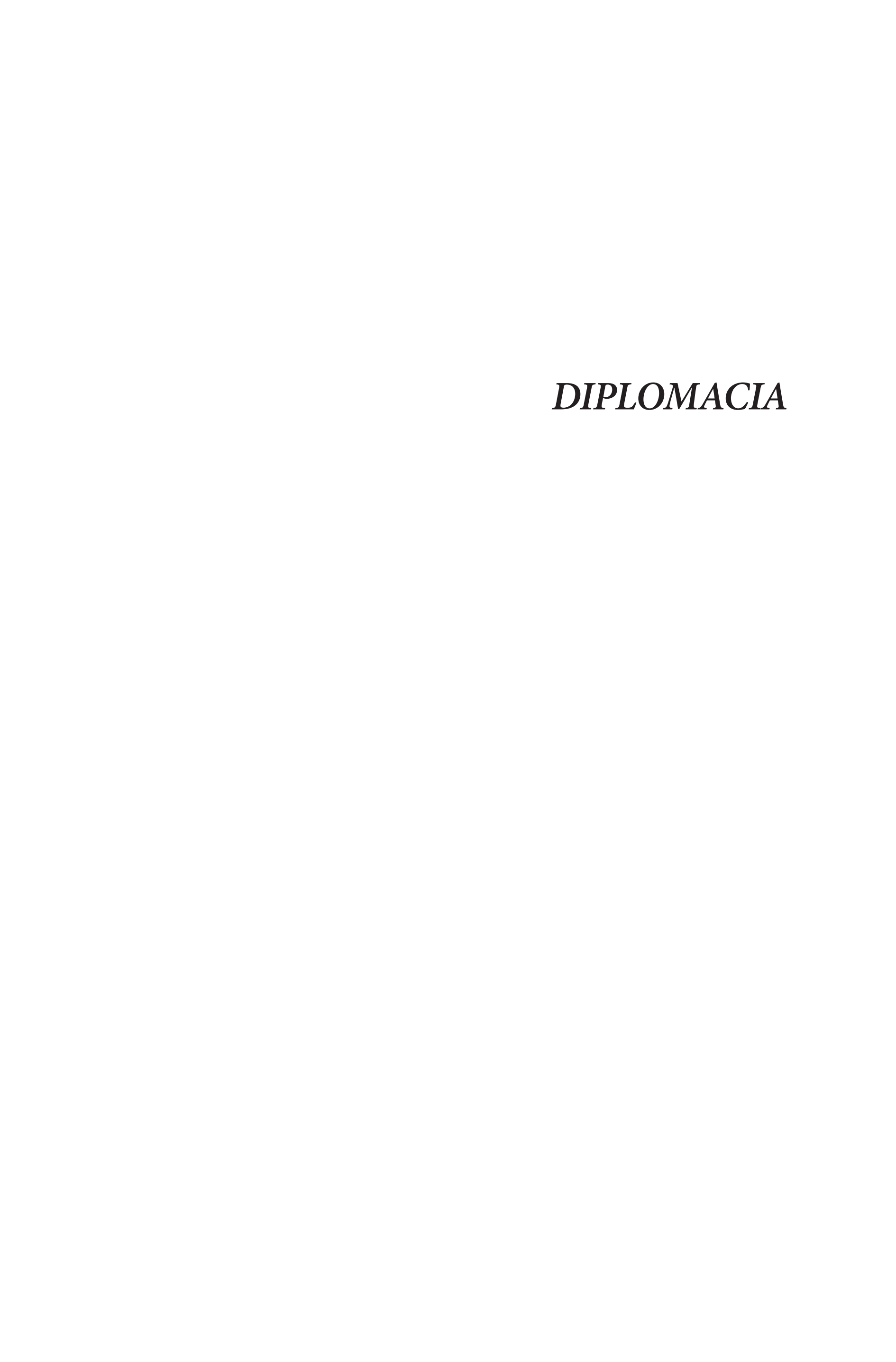
templo y oró; al cabo de ese lapso, O-Tsuyu se recobró súbita y totalmente.

Hubo, pues, gran regocijo en casa de Tokubei; y este ofreció una fiesta a los amigos para celebrar el feliz acontecimiento. Pero en la noche de la fiesta O-Sodé cayó súbitamente enferma; y a la mañana siguiente, el médico que había acudido a atenderla anunció que la nodriza agonizaba.

Abrumada por la pena, la familia se congregó alrededor del lecho de la moribunda para despedirla. Pero ella les dijo:

—Es hora de que les diga algo que ignoran. Mi plegaria ha sido escuchada. Solicité a Fudô-Sama que me permitiera morir en lugar de O-Tsuyu; y este gran favor me ha sido otorgado. Por tanto, no deben deplorar mi muerte… Pero quiero pedirles algo. Le prometí a Fudô-Sama que haría plantar un cerezo en el jardín de Saihôji, en señal de gratitud y conmemoración. Ahora no podré plantarlo con mis propias manos: les ruego, pues, que lo hagan por mí… Adiós, amigos míos; y recuerden que me alegró morir por O-Tsuyu.

Después de los funerales de O-Sodé, los padres de O-Tsuyu plantaron un joven cerezo —el mejor que pudieron encontrar— en el jardín de Saihôji. El árbol creció y floreció; y el día decimosexto del mes segundo del año siguiente —el aniversario de la muerte de O-Sodé— se cubrió maravillosamente de flores. Continuó dándolas durante doscientos cincuenta y cuatro años —siempre el día decimosexto del mes segundo—; y esas flores, blancas y rosadas, eran semejantes al pezón del pecho femenino, y parecían rezumar leche. Y la gente los llamó *Ubazakura*, el Cerezo de la Nodriza.



DIPLOMACIA

Según las órdenes, la ejecución debía llevarse a cabo en el jardín del *yashiki*. De modo que condujeron al hombre al jardín y lo hicieron arrodillar en un amplio espacio de arena atravesado por una hilera de *tobiishi*, o pasaderas, como las que aún suelen verse en los jardines japoneses. Tenía los brazos sujetos a la espalda. La servidumbre trajo baldes con agua y sacos de arroz llenos de piedras; y se apilaron los sacos alrededor del hombre en cuclillas, de tal forma que este no pudiera moverse. Vino el señor y observó los preparativos. Los halló satisfactorios y no hizo observaciones.

Súbitamente gritó el condenado:

—Honorable señor, la falta por la que me han sentenciado no fue cometida con malicia. Fue solo causa de mi gran estupidez. Como nací estúpido, en razón de mi karma, no siempre pude evitar ciertos errores. Pero matar a un hombre por ser estúpido es una injusticia… y esa injusticia será enmendada. Tan segura como mi muerte ha de ser mi venganza, que surgirá del resentimiento que ustedes provocan; y el mal con el mal será devuelto…

Si se mata a una persona cuando esta padece un gran resentimiento, su fantasma podrá vengarse de quien

causó esa muerte. El samurái no lo ignoraba. Replicó con suavidad, casi con dulzura:

—Te dejaremos asustarnos tanto como gustes… después de muerto. Pero es difícil creer que tus palabras sean sinceras. ¿Podrías ofrecernos alguna evidencia de tu gran resentimiento una vez que te haya decapitado?

—Por supuesto que sí —respondió el hombre.

—Muy bien —dijo el samurái, desnudando la espada—; ahora voy a cortarte la cabeza. Frente a ti hay una pasadera. Una vez que te haya decapitado, trata de morder la piedra. Si tu airado fantasma puede ayudarte a realizar ese acto, por cierto que nos asustaremos… ¿Tratarás de morder la piedra?

—¡La morderé! —gritó enfurecido el hombre—. ¡La morderé! ¡La morde…!

Hubo un destello, un silbido y un ruido sordo: el cuerpo se inclinó hacia los sacos de arroz, mientras dos chorros de sangre brotaban del cuello mutilado… y la cabeza rodó por la arena. Rodó con pesadez hacia la piedra: entonces, con un salto imprevisto, aferró

el borde de la piedra entre los dientes, la mordió con desesperación, y cayó inerte.

Nadie habló; pero los sirvientes contemplaron horrorizados a su amo. Este no pareció perder la calma. Se limitó a alcanzarle la espada al servidor más próximo, quien, con un cazo de madera, echó agua de un extremo a otro de la hoja y luego refregó el acero cuidadosamente, con hojas de fino papel… Y así culminó la parte ceremonial de este incidente.

Durante varios meses, todos los servidores del samurái vivieron incesantemente atemorizados por la eventual aparición del espectro. Nadie dudaba de que la prometida venganza iba a cumplirse; y el constante terror que los agobiaba les hacía ver y oír muchas cosas inexistentes. El rumor del viento entre los bambúes, las sombras que se agitaban en el jardín, cualquier cosa bastaba para asustarlos. Al fin llegaron a un acuerdo y decidieron solicitarle al amo que se realizara una ceremonia *Ségaki* en honor del vengativo espíritu.

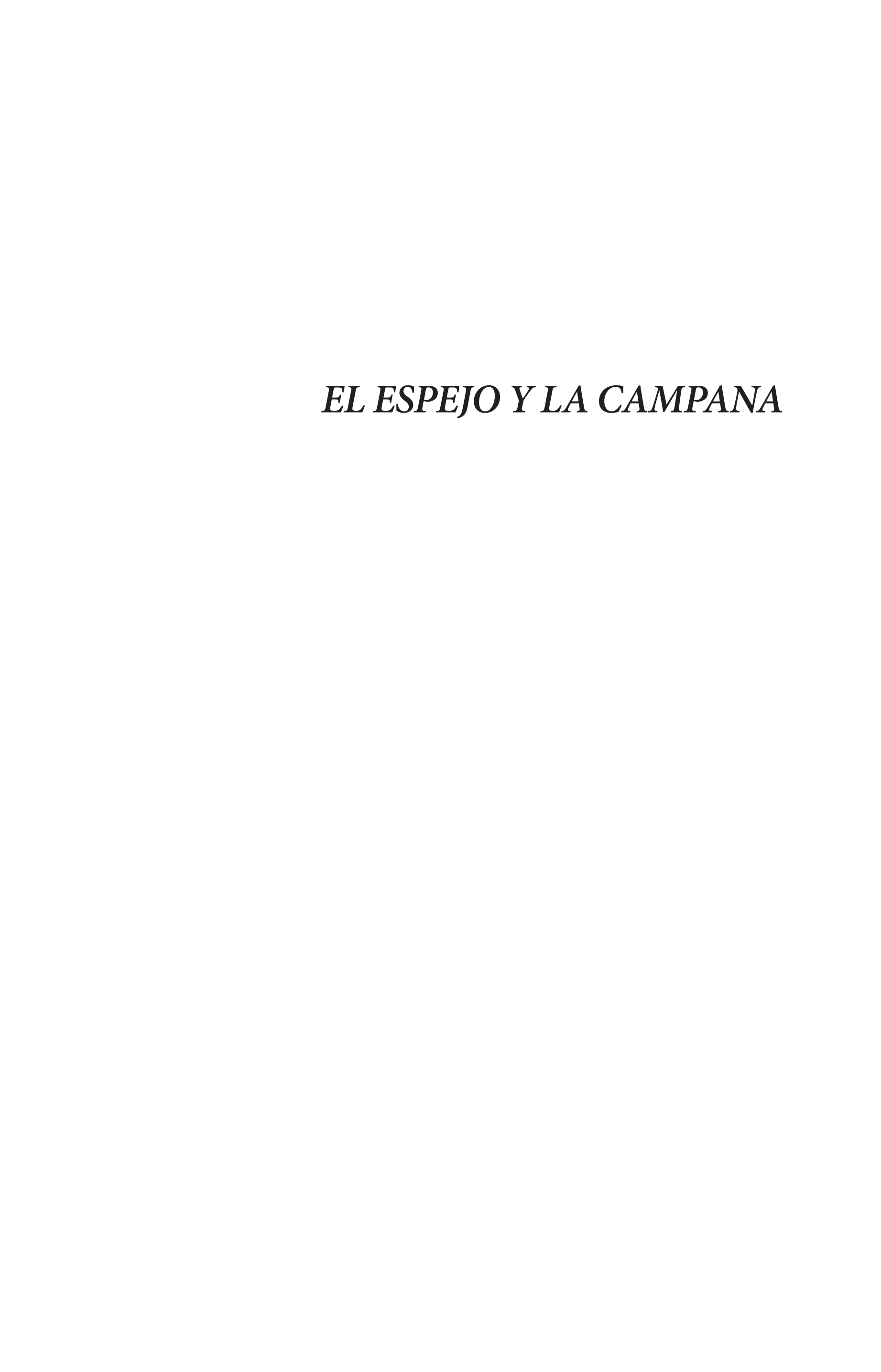
—Es absolutamente innecesario —dijo el samurái, cuando el jefe de sus servidores hubo expresado tal deseo—. Entiendo que la voluntad de un hombre a punto

de morir puede ser causa de temor. Pero no hay nada que temer en este caso.

El servidor contempló al amo con ojos implorantes, pero vaciló en indagar la razón de esta asombrosa confidencia.

—Oh, la razón es muy simple —declaró el samurái, quien adivinó la duda que había suscitado—. Solo la última intención de ese hombre pudo ser peligrosa; y cuando yo lo desafié a ofrecerme una evidencia, distraje su mente del anhelo de venganza. Murió concentrándose en el propósito de morder la piedra; y pudo llevar a cabo ese propósito, en efecto, pero ningún otro. Olviden el resto… No hay razón alguna para inquietarse.

Y, de hecho, el muerto jamás acudió a perturbarlos.



EL ESPEJO Y LA CAMPANA

Hace ocho siglos, los sacerdotes de Mugenyama, provincia de Tôtômi, quisieron fabricar una gran campana para su templo, y les pidieron a las mujeres de la comarca que los ayudaran mediante la donación de viejos espejos de bronce para la fundición.

Aún hoy, en los patios de ciertos templos japoneses, se ven pilas de viejos espejos de bronce donados para propósitos semejantes. La colección más vasta que pude observar estaba en el patio de un templo de la secta Jôdo, en Hakata, Kyûshû: los espejos se habían donado para la erección de una estatua de bronce de Amida, de treinta y tres pies de alto.

Había entonces una joven, esposa de un granjero, que vivía en Mugenyama, y que llevó su espejo al templo para que lo fundieran. Pero más tarde deploró la pérdida del espejo. Recordó las cosas que su madre le había contado respecto a él, y también recordó que no solo había pertenecido a su madre, sino a la madre y a la abuela de su madre; y recordó algunas sonrisas felices que el espejo había reflejado. Por supuesto, con haberles ofrecido cierta suma de dinero a los sacerdotes a cambio del espejo, habría podido pedirles que se lo devolvieran. Pero

carecía del dinero necesario. Al asistir al templo, veía su espejo en el patio, detrás de una verja, entre centenares de espejos. Lo reconoció por el *Shô-Chiku-Bai* grabado en relieve al dorso, los tres dichosos emblemas del Pino, el Bambú, y la Flor de Ciruelo, que habían deleitado sus ojos de niña cuando su madre se los mostró por primera vez. La joven anhelaba una oportunidad para robar el espejo y ocultarlo… luego podría conservarlo para siempre. Pero esa oportunidad no se presentaba; la acosó la infelicidad; lamentó haber cedido voluntariamente una parte de su propia vida. Pensó en el viejo dicho que afirma que un espejo es el alma de una mujer (dicho místicamente expresado en el dorso de muchos espejos de bronce mediante el ideograma chino que representa el alma), y temió que esto fuera cierto de un modo harto más inquietante que el que supusiera jamás; mas a nadie se atrevía a confiarle su pena.

Pero cuando todos los espejos donados para la campana de Mugenyama fueron enviados a la fundición, los fundidores descubrieron que uno de ellos se negaba a derretirse. Pese a sus reiterados esfuerzos, el espejo se resistía. Era evidente que la mujer que había ofrecido esa donación al templo se había arrepentido de ella. No

había realizado la ofrenda de todo corazón; y su alma egoísta, aún aferrada al espejo, lo mantenía sólido y frío en el centro del horno.

Por supuesto que todo el mundo llegó a enterarse, y que todo el mundo no tardó en saber de quién era ese espejo. Y esta pública exposición de su culpa secreta sumió a la pobre mujer en la vergüenza y la ira. Incapaz de soportar la humillación, optó por ahogarse, tras redactar una carta de despedida que contenía estas palabras: «Cuando yo haya muerto, no será difícil fundir el espejo y forjar la campana. Pero, a aquella persona que quiebre la campana al tañerla, mi espíritu le otorgará grandes riquezas».

Aclararé que a la última promesa o voluntad de quien muere presa de la ira, o se suicida presa de la ira, suele adjudicársele un poder sobrenatural. Una vez fundido el espejo de esa mujer, una vez forjada la campana, la gente recordó las palabras que contenía esa carta. No dudaba que el espíritu de quien las había redactado ofrecería grandes riquezas a quien quebrase la campana; y, en cuanto esta fue colgada en el patio del templo, una multitud acudió a tocarla. Agitaban el badajo con todas sus fuerzas; pero

la campana resultó ser de excelente calidad, y resistió con firmeza todos los asaltos. La gente, empero, no se desalentaba fácilmente. Día tras día y hora tras hora, tañía la campana con ferocidad, sin prestar atención a las protestas de los sacerdotes. Los tañidos se convirtieron en un tormento; los sacerdotes no pudieron soportarlos; y se deshicieron de la campana, precipitándola a una ciénaga desde una colina. La profunda ciénaga la devoró… y ese fue el fin de la campana. Solo perdura su leyenda; y en esa leyenda se la llama la *Mugen-Kané*, o Campana de Mugen.

Existen extrañas y antiguas creencias japonesas con respecto a la eficacia mágica de una cierta operación mental implicada, aunque no descrita, por el verbo *nazoraêru*. No hay palabra inglesa que pueda traducirla con exactitud, pues se la emplea en relación a múltiples tipos de magia mimética, no menos que en la ejecución de ciertos actos de fe religiosa. Los significados ordinarios de *nazoraêru*, según los diccionarios, son «imitar», «comparar», «asemejar»; pero el significado esotérico es: «sustituir, en la imaginación, un objeto o acción por otro, con el fin de obtener un resultado mágico o milagroso».

Por ejemplo: uno no puede costear la edificación de un templo budista, pero nada le impide depositar un guijarro ante la imagen del Buda, con la misma piedad que a uno lo urgiría a edificar un templo si contara con la fortuna para hacerlo. El mérito de esa ofrenda resulta idéntico, o casi idéntico, al mérito de la erección de un templo… Uno no puede leer los seis mil setecientos setenta y un volúmenes de los textos budistas; pero puede hacer una estantería giratoria que los contenga, y hacerlos girar alrededor de uno como un torno. Si en cada empujón palpita el firme deseo que se aplicaría a la lectura de los seis mil setecientos setenta y un volúmenes, uno adquiere tanto mérito como si los hubiese leído… Acaso esto baste para explicar los significados religiosos de *nazoraêru*.

Los significados mágicos solo podrían explicarse en su totalidad mediante una gran variedad de ejemplos; pero, para nuestro propósito, serán suficientes los siguientes. Si se confecciona un hombrecillo de paja (por los mismos motivos que incitaron a la hermana Helena a hacer un hombrecillo de cera) al que luego se clava, con clavos de no menos de cinco pulgadas de largo, a un árbol del huerto de un templo, a la Hora del Buey, la

muerte, precedida por una atroz agonía, de la persona imaginariamente representada por ese hombrecillo… Eso ilustraría el significado de *nazoraêru*… O bien, supongamos que un ladrón entra a nuestra casa durante la noche, y se lleva nuestros bienes. Si descubrimos sus huellas en el jardín, y en el acto quemamos una gran moxa sobre cada una de ellas, se inflamarán las plantas de los pies del ladrón, que no tendrá reposo hasta que vuelva, por propia voluntad, a ponerse a su merced. Esa es otra especie de magia mimética expresada por el vocablo *nazoraêru*. Las diversas leyendas sobre la Mugen-Kané nos brindarán un tercer ejemplo.

Una vez que la ciénaga engulló la campana, no quedó, por supuesto, más ocasión de tañerla para quebrarla. No obstante, las personas que lamentaban la pérdida de tal oportunidad, optaron por golpear y quebrar objetos que imaginariamente sustituían a la campana… Así esperaban complacer al espíritu de la dueña del espejo que tantos inconvenientes había causado. Una de estas personas fue una mujer llamada Umégaê, famosa en las leyendas japonesas en razón de sus relaciones con Kajiwara Kagésué, un guerrero del clan Heiké. Mientras la pareja estaba de viaje, Kajiwara un día se vio en serios

problemas por falta de dinero, y Umégaê, recordando la tradición de la campana de Mugen, tomó una bacía de bronce, y transformándola mentalmente en una representación de la campana, la golpeó hasta romperla, solicitando, al mismo tiempo, trescientas piezas de oro. Un huésped de la posada donde estaba la pareja inquirió la causa de los golpes y los gritos, y, al enterarse de cuál era el problema, le regaló a Umégaê trescientos *ryô* de oro. Más tarde circuló una canción sobre la bacía de bronce de Umégaê; aún hoy la cantan las bailarinas:

Si, golpeando la bacía de Umégaê, pudiera obtener honorable dinero, negociaría entonces la libertad de mis compañeras.

Este acontecimiento acrecentó la fama de la Mugen-Kané; y muchos siguieron el ejemplo de Umégaê, con la esperanza de emular su suerte. Entre ellos hubo un granjero disoluto que vivía cerca de Mugenyama, en las riberas del Oîgawa. Este granjero, que había derrochado sus bienes en el libertinaje, elaboró una reproducción de la Mugen-Kané con el barro de su jardín; golpeó la campana de arcilla y la quebró, solicitando a gritos una gran fortuna.

Entonces surgió ante él la imagen de una mujer vestida de blanco, cuyo cabello flotaba al viento, con un cántaro cerrado en la mano. Le dijo a la mujer:

—Vine para responder a tu fervorosa plegaria según esta merece. Toma, pues, este cántaro.

Con estas palabras, le dejó el cántaro en la mano y desapareció.

El hombre se precipitó a la casa radiante de felicidad, y le refirió la buena noticia a su mujer. Depositó ante ella el cántaro —que era pesado— y lo abrieron juntos. Y descubrieron que estaba lleno, justo hasta el borde, de… ¡Pero no…! Realmente no puedo decir de qué estaba lleno.


JIKININKI

Una vez, Musô Kokushi, sacerdote de la secta zen que viajaba solo por la provincia de Mino, se perdió en una comarca montañosa donde no había nadie que lo guiara. Erró sin rumbo durante largo tiempo; y ya desesperaba de hallar refugio durante la noche, cuando vislumbró, en lo alto de una colina iluminada por los últimos rayos del sol, una de esas pequeñas ermitas llamadas *anjitsu*, que suelen construir los monjes solitarios. Aunque parecía estar derruida, Musô se apresuró a acercarse a ella; descubrió que la habitaba un anciano monje, a quien rogó que le concediera alojamiento por esa noche. El anciano rehusó con hosquedad, pero le indicó a Musô la situación de una aldea, en un valle próximo, donde hallaría alojamiento y comida.

Musô se encaminó hacia la aldea, compuesta por menos de una docena de granjas; el jefe del villorrio lo recibió en su casa con suma afabilidad. A la llegada de Musô había cuarenta o cincuenta personas reunidas en el aposento principal; a él lo guiaron hasta un cuarto pequeño y apartado, donde pronto le ofrecieron cama y alimento. Vencido por la fatiga, Musô se acostó muy temprano; pero poco antes de medianoche su sueño se vio interrumpido por un llanto que provenía del aposento

contiguo. Se deslizaron entonces las puertas correderas; y un joven, que llevaba una lámpara encendida, entró al cuarto, lo saludó con una reverencia y le dijo:

—Venerable señor, es mi penoso deber informarle que ahora soy el responsable de esta casa. Ayer no era sino el hijo mayor. Pero cuando usted llegó aquí, vencido por la fatiga, no queríamos incomodarlo de ningún modo: no le anunciamos, pues, que mi padre había muerto hacía apenas unas horas. Aquellos a quienes vio reunidos en el aposento contiguo son los habitantes de esta aldea; se han congregado aquí para rendirle al muerto un póstumo homenaje; y pronto se marcharán a otra aldea que dista tres millas de aquí, pues nuestra costumbre nos prohíbe permanecer en la aldea la noche que sucede a la muerte de alguien. Hacemos nuestras ofrendas, elevamos nuestras plegarias, y luego nos retiramos, dejando solo al cadáver. En la casa donde queda el cadáver suelen suceder cosas extrañas: pensamos, pues, que sería mejor que nos acompañara. En la otra aldea hallará buen alojamiento. Aunque, quizá, siendo un sacerdote, no tema a los demonios y a los espíritus malignos; y, si no le inquieta quedarse solo con el muerto, es usted bienvenido a nuestro humilde hogar. No obstante, debo advertirle que nadie, salvo un sacerdote, se atrevería a pernoctar aquí.

Musô respondió:

—Sus cordiales intenciones, así como su generosa hospitalidad, merecen mi más profunda gratitud. Pero lamento que no me hayas anunciado la muerte de su padre en cuanto llegué, pues, aunque estaba algo fatigado, por cierto que no lo estaba al punto de hallar dificultades en cumplir con mis deberes sacerdotales. Si me lo hubieras dicho, habría administrado el servicio antes de que todos partieran. Así las cosas, lo administraré una vez que se retire, y permaneceré con el cuerpo hasta la mañana. Ignoro a qué se refiere al mencionar el peligro que entraña quedarse aquí a solas; pero no temo a demonios ni espectros: le ruego, por tanto, que no abrigue temor alguno por mi persona.

Estas declaraciones parecieron regocijar al joven, quien manifestó su gratitud con las palabras pertinentes. Después, los otros miembros de la familia así como los aldeanos reunidos en el aposento contiguo, enterados de las promesas del sacerdote, acudieron a darle las gracias, y luego dijo el dueño de la casa:

—Ahora, venerable señor, aunque mucho deploremos dejarlo a solas, debemos despedirnos. Las normas de

nuestra aldea nos impiden quedarnos aquí después de medianoche. Le imploramos, amable señor, que en todo punto cuide de su honorable cuerpo mientras no estemos aquí para servirle. Y si acaso oyera o escuchara algo extraño durante nuestra ausencia, no olvide referírnoslo cuando regresemos por la mañana.

Todos dejaron la casa salvo el sacerdote, quien se dirigió al aposento donde yacía el cadáver. Habían depositado ante este las habituales ofrendas; ardía un *tômyô*, una pequeña lámpara budista. El sacerdote recitó las correspondientes plegarias, ejecutó las ceremonias fúnebres, y entró luego en profunda meditación. Así permaneció durante varias horas; ni un sonido alteró la paz de la aldea desierta. Pero en lo más hondo de la nocturna quietud, una «forma» vaga y de gran tamaño, entró sigilosamente; y en ese mismo instante Musô se vio privado del habla y el movimiento. Vio que la forma se apoderaba del cadáver, como si tuviera manos, y lo devoraba con más rapidez que un gato al comer una rata; comenzó por la cabeza y luego prosiguió por partes: el pelo, los huesos y aun el sudario. Y esa criatura monstruosa, tras consumir el cadáver, se volvió hacia las ofrendas y también las devoró. Luego se fue tan misteriosamente como había venido.

Los aldeanos, al regresar por la mañana, hallaron al sacerdote ante las puertas de la casa. Todos lo saludaron; y al entrar y mirar en torno, nadie expresó sorpresa alguna ante la desaparición del cadáver y las ofrendas. Pero el dueño de la casa le dijo a Musô:

—Venerable señor, acaso ha visto cosas desagradables durante su estancia: temimos todos por usted. Pero ahora nos place hallarlo sano y salvo. De buena gana nos habríamos quedado, de haber sido posible. Pero las leyes de nuestra aldea, según le informé anoche, nos ordenan abandonar las casas después de un fallecimiento y dejar el cadáver a solas. Cada vez que se infringió esta ley, sobrevino una enorme desgracia. Cada vez que se la obedece, hallamos que el cadáver y las ofrendas desaparecen durante nuestra ausencia. Acaso ha visto la causa.

Entonces Musô le habló de la forma tenue y horrible que había entrado en la cámara mortuoria para devorar el cuerpo y las ofrendas. A nadie pareció sorprender esta narración; y el dueño de la casa señaló:

—Lo que nos acaba de referir, venerable señor, coincide con cuanto se ha dicho al respecto desde antiguo.

Musô entonces preguntó:

—¿El monje de la colina no suele realizar los servicios fúnebres para sus muertos?

—¿Qué monje? —preguntó el joven.

—El monje que ayer por la noche me indicó esta aldea —respondió Musô—. Llegué hasta su *anjitsu*, que está en la colina. Rehusó alojarme, pero me dijo cómo llegar aquí.

Todos se miraron entre sí con expresión atónita; y, tras un instante de silencio, el dueño de la casa declaró:

—Venerable señor, en la colina no hay monje ni *anjitsu* alguno. Hace muchas generaciones que ningún monje reside en esta comarca.

Musô no dijo nada más al respecto, pues era evidente que sus amables anfitriones lo juzgaban víctima de alguna ilusión sobrenatural. Pero en cuanto se despidió, no sin procurarse la información necesaria para proseguir su camino, decidió buscar la ermita de la colina para confirmar si había sufrido o no un engaño. Halló el

anjitsu sin dificultad; y esta vez el anciano lo invitó a acompañarlo. En cuanto Musô entró, el eremita hizo una humilde reverencia y exclamó:

—¡Ah! ¡Vergüenza de mí…! ¡Gran vergüenza sobre mí…! ¡Terrible vergüenza sobre mí!

—No debe avergonzarse por haberme negado alojamiento —dijo Musô—. Me indicaste la aldea vecina, donde fui recibido con suma amabilidad; y le agradezco ese favor.

—A nadie puedo ofrecer alojamiento —respondió el recluso—, y no es mi negación lo que me avergüenza. Me avergüenza que me haya visto en mi verdadera forma… pues fui yo quien devoró el cadáver y las ofrendas ante sus propios ojos… Sepa, venerable señor, que soy un *jikininki*, un devorador de carne humana. Compadézcame y permítame confesar la secreta falta que me redujo a esta condición.

«Hace mucho, mucho tiempo, yo era sacerdote en esta desolada región. No había otro sacerdote en leguas a la redonda. De modo que, en esa época, los montañeses solían traer aquí los cuerpos de los que habían muerto

(a veces desde parajes distantes) para que yo cumpliera con los servicios sagrados. Pero yo no cumplía estos servicios y no realizaba los ritos, sino por afán de lucro; solo pensaba en la comida y las vestimentas que podía obtener mediante mi sacra profesión. Y a causa de este impío egoísmo volví a nacer, inmediatamente después de mi muerte, como *jikininki*. Desde entonces estoy obligado a alimentarme de los cadáveres de la gente que muere en esta comarca: a todos debo devorarlos del modo que anoche presenciaste… Ahora, venerable señor, permítame que le ruegue que realice un sacrificio *Ségaki* para mí: ayúdeme mediante sus plegarias, se lo imploro, para que no tarde en liberarme de esta espantosa existencia…».

En cuanto el eremita hizo esta solicitud desapareció y también desapareció la ermita, en el mismo instante. Y Musô Kokushi se halló a solas, de rodillas en el pastizal, junto a un sepulcro antiguo y enmohecido, con la forma que llaman *go-rin-ishi*, que parecía ser la tumba de un sacerdote.

MUJINA

En el camino de Akasaka, en Tokio, hay una cuesta llamada Kii-no-kuni-zaka, es decir, la Cuesta de la Provincia de Kii. Ignoro por qué se llama la Cuesta de la Provincia de Kii. A un lado de la cuesta hay un antiguo foso, muy profundo y muy ancho, cuyas verdes orillas se elevan hasta una zona de jardines; y al otro lado del camino se extienden las largas e imponentes murallas de un palacio imperial. Antes de la época de los faroles callejeros y las *jinrikishas*, este paraje era muy solitario durante la noche; y los peatones que viajaban a horas tardías preferían desviarse varias millas antes de ascender el Kii-no-kuni-zaka a solas, después del crepúsculo.

Todo a causa de una Mujina que solía pasearse por el lugar.

El último hombre que vio a la Mujina fue un viejo mercader del barrio Kyôbashi, muerto hace treinta años. Esta es la historia tal como él la refirió:

Una noche, a horas tardías, el mercader ascendía el Kii-no-kuni-zaka, cuando vio a una mujer en cuclillas junto al foso; estaba sola y lloraba con amargura. Temió que la mujer quisiera ahogarse, por ello, se detuvo para ofrecerle cuanta ayuda o consuelo estuviera en sus

manos. Ella vestía con elegancia, y tenía un aspecto grácil y ligero; llevaba el cabello peinado como el de una joven de buena familia.

—*O-jochû* —exclamó el mercader, acercándose—, *O-jochû*, no llore de ese modo… Dígame qué le aqueja, y si hay algún modo de ayudarla, yo me ofreceré gustoso.

(El mercader era sincero en sus palabras, pues era hombre de buen corazón). Pero ella continuó llorando y ocultaba el rostro en una de sus amplias mangas.

—*O-jochû* —repitió el mercader con dulzura—, le ruego que me escuche. Este lugar, a estas horas, no conviene a una dama. ¡No llore, se lo imploro! ¡Solo dígame cómo puedo ayudarla!

Ella se incorporó con lentitud, pero le volvió la espalda y prosiguió con sus gemidos y sollozos. Él le puso la mano sobre el hombro, rogándole:

—¡*O-jochû! ¡O-jochû! ¡O-jochû*!

Entonces la *O-jochû* se volvió, apartó la manga y se golpeó la cara con la mano; y el hombre vio que en ese

rostro no había ojos ni boca ni nariz… y se alejó con un alarido.

Subió por el Kii-no-kuni-zaka, corriendo sin cesar, cercado por la desierta tiniebla. Corría sin atreverse a mirar atrás; y al fin vio una luz, tan distante que parecía el destello de una luciérnaga; se dirigió hacia ella. No era sino el farol de un vendedor ambulante de *soba*, quien había acampado junto al camino; pero cualquier luz y cualquier compañía humana era bienvenida después de semejante experiencia; y el mercader se arrojó a los pies del vendedor de *soba*, sin dejar de gemir.

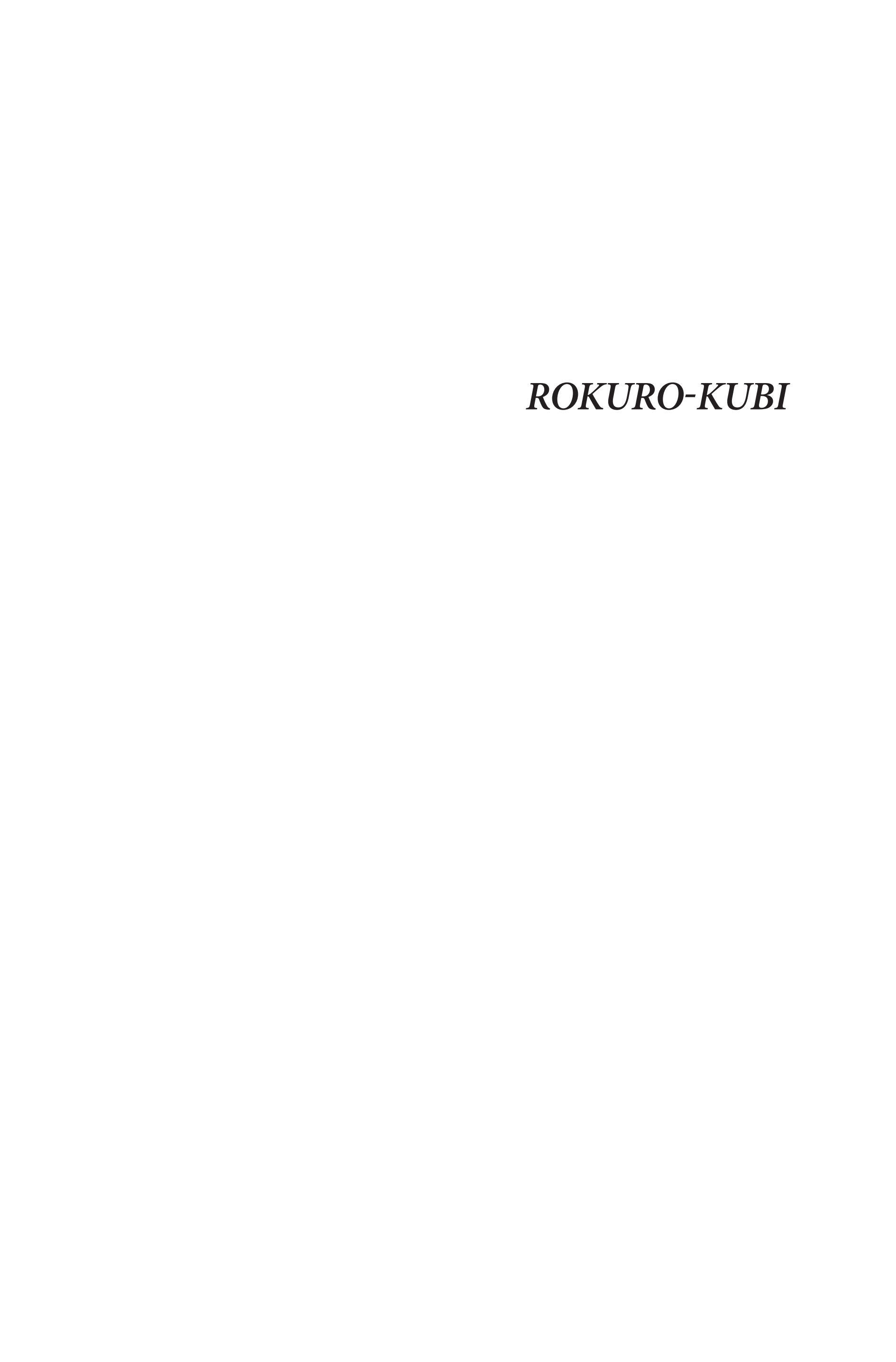
—¡*Koré*! ¡*Koré*! —exclamó el vendedor—. ¡Basta! ¿Qué le ocurre? ¿Alguien le atacó?

—No… nadie me atacó —jadeó el otro—… solo que… ¡Ah! ¡Ah!

—¿Solo lo asustaron? —preguntó el vendedor con brusquedad—. ¿Salteadores?

—No, salteadores no, salteadores no —musitó el aterrado mercader—. Vi… vi una mujer… junto a la fosa… y me mostró… ¡Ah!, no puedo decirle lo que me mostró…

—¡Eh! ¿Era algo parecido a esto lo que le mostró? —gritó el vendedor de *soba*, golpeándose la cara. Esta se transformó en un huevo. Y, simultáneamente, se apagó la luz.



ROKURO-KUBI

Hace casi quinientos años había un samurái, llamado Isogai Hêîdazaêmon Takétsura, al servicio del señor Kijuki, de Kyûshû. Este Isogai había heredado, de múltiples ancestros guerreros, una aptitud natural para los ejercicios militares, así como un extraordinario vigor. Ya en la infancia excedía a sus maestros en el arte de la espada, en el manejo del arco y de la lanza, y hacía gala de todas las virtudes de un soldado diestro y audaz. Más tarde, en épocas de la guerra de los Eikyô, se distinguió a tal punto que fue merecedor de grandes honores. Mas, al abatirse la ruina sobre la estirpe de los Kijuki, Isogai se quedó sin amo. Pudo haber entrado sin dificultad al servicio de otro *daimyô*; pero como jamás había procurado la gloria en beneficio propio, y como su corazón permanecía fiel a su antiguo señor, prefirió abjurar del mundo. Se rasuró el cabello y se hizo monje viajero, adoptando el nombre budista de Kwairyô.

Pero, bajo la *koromo* del sacerdote, Kwairyô conservó siempre un ardiente corazón de samurái. Si anteriormente había desdeñado las asechanzas del enemigo, también ahora se burlaba del peligro; y viajó, bajo cualquier clima y en cualquier estación, para predicar la buena Ley en regiones donde ningún sacerdote se habría aventurado.

Pues eran épocas de violencia y desorden; y en los caminos no había seguridad para el viajero solitario, aunque se tratara de un monje.

En el curso de su primer viaje largo, Kwairyô tuvo ocasión de visitar la provincia de Kai. Una noche, mientras atravesaba las montañas de esa provincia, la oscuridad lo sorprendió en un paraje muy solitario, a varias leguas de cualquier aldea. De modo que se resignó a pasar la noche a la intemperie; halló un pastizal apropiado junto al camino, y se preparó para dormir. Habituado a una vida rigurosa, aun la roca desnuda era un buen lecho para él, a falta de algo mejor, y la raíz de un pino, una almohada excelente. Su cuerpo era de hierro, y jamás lo inquietaban el rocío, la lluvia, el granizo o la nieve.

Acababa de acostarse cuando un hombre apareció en el camino, con un hacha y un haz de leña recién cortada. El leñador se detuvo al ver a Kwairyô en el suelo y, después de observarlo un instante sin decir palabra, exclamó con enfático tono de asombro:

—¿Qué clase de hombre eres, buen señor, que te atreves a dormir solo en semejante lugar? Aquí abundan los espectros… ¿No temes a las Criaturas Velludas?

—Amigo mío —respondió animosamente Kwairyô—, soy solo un monje errabundo, un «Huésped del Agua y de las Nubes», como dice la gente: *Un-sui- noryokaku*. Y no temo en absoluto a las Criaturas Velludas… si te refieres a las zorras, los tejones, o duendes de esa especie. En cuanto a los lugares solitarios, me gustan: son propicios a la meditación. Estoy acostumbrado a dormir al aire libre y he aprendido a no padecer ansiedades.

—Sin duda eres hombre de coraje, señor monje —respondió el leñador—. ¡Acuéstese aquí! Este sitio tiene mala reputación… muy mala. Pero, como dice el proverbio, «*Kunshi ayakuki ni chikayorazu*» (El hombre superior no se expone innecesariamente al peligro), y le aseguro, señor, que dormir aquí es muy peligroso. Por tanto, aunque mi hogar es solo una choza maltrecha y desvencijada, permítame rogarle que me acompañé en el acto. Nada puedo ofrecerle para comer, pero al menos tendrá un techo bajo el cual dormirá sin riesgo.

Habló con firmeza, y Kwairyô, conmovido por la amabilidad de este hombre, aceptó su modesta oferta. El leñador lo guio por un estrecho sendero que salía del camino principal para internarse en la foresta de

la montaña. Era un sendero áspero y peligroso: ya bordeaba profundos precipicios, ya se limitaba a una red de resbaladizas raíces, ya afrontaba rocas filosas y abruptas. Pero al fin Kwairyô se halló en el claro de la cima de un monte, bajo el esplendor de la luna; y vio ante él una choza pequeña y desvencijada, en cuyo interior brillaba una luz alegre. El leñador lo condujo a un establo detrás de casa, donde el agua de un arroyo cercano afluía mediante canales de bambú; y los dos hombres se lavaron los pies. Detrás del establo había un huerto y un bosquecillo de cedros y bambúes; y detrás de los árboles relucía una cascada, despeñándose desde las rocas para mecerse a la luz de la luna como un tenue sudario.

Al entrar a la cabaña, Kwairyô vio cuatro personas —hombres y mujeres— que se calentaban las manos ante una pequeña hoguera que ardía en el *ro* del cuarto principal. Todos se inclinaron ante el sacerdote, saludándolo con sumo respeto. Se sorprendió Kwairyô de que gentes tan humildes y apartadas conocieran las fórmulas de la cortesía.

«Esta es gente bondadosa —pensó para sí—, y alguien que conocía las normas de la hospitalidad ha de habérselas enseñado».

Luego, volviéndose a su anfitrión —el *aruji* o señor de la casa, como lo llamaban los demás—, dijo Kwairyô:

—De la delicadeza de tu lenguaje, así como de la cordial bienvenida que me ofrece tu gente, infiero que no siempre has sido leñador. ¿Acaso serviste alguna vez a un señor de rango?

El leñador, sonriente, respondió:

—No se equivoca, señor. Aunque ahora vivo en las condiciones que ves, fui en otro tiempo persona de cierta distinción. Mi historia es la historia de una vida arruinada, y arruinada por mi propia culpa. Yo estaba al servicio de un *daimyô*, y ocupaba un puesto nada desdeñable. Pero amaba en exceso las mujeres y el vino; e, incitado por la pasión, actué con malevolencia. Mi egoísmo provocó la ruina de nuestra casa, y también innumerables muertes. Mis males pronto se vieron compensados, y durante mucho tiempo fui un fugitivo en la tierra. Hoy ruego con frecuencia para expiar mi maldad, e intento erigir una vez más el hogar de mis ancestros. Aunque temo que jamás halle el modo de lograrlo. Trato, no obstante, de superar el karma de mis errores mediante un sincero arrepentimiento, y mediante la ayuda que pueda brindar a quienes padecen infortunio.

Kwairyô, a quien agradó esta resolución de hacer el bien, le dijo al *aruji*:

—Amigo mío, he tenido ocasión de observar que los hombres, víctimas del frenesí en la juventud, pueden alcanzar en años posteriores una vida recta. En los *sûtras* sagrados está escrito que quienes abrazan el mal con más fervor pueden convertirse, si cuentan con una firme voluntad, en quienes con más fervor ejerzan el bien. No dudo de tu buen corazón; y espero que te aguarde una fortuna más favorable. Esta noche recitaré los *sûtras* en tu honor, y rogaré para que obtengas la fuerza que te permita superar el karma de tus errores pretéritos.

Con estas declaraciones Kwairyô se despidió de su anfitrión; el *aruji* lo guio hasta un pequeño cuarto lateral, donde habían preparado una cama. Todos se durmieron salvo el sacerdote, quien comenzó a leer los *sûtras* a la luz de un farolillo de papel. Persistió en sus lecturas y plegarias hasta horas tardías; luego abrió una ventana de su pequeño dormitorio para contemplar por última vez el paisaje antes de acostarse. La noche era hermosa: no había nubes en el cielo, no había viento, y los acerados rayos lunares proyectaban nítidas y negras formas desde

el bosque, y destellos de rocío desde el jardín. Grillos y cigarras ofrecían un unánime concierto, y el sonido de la cascada vecina se ahondaba con la noche. Kwairyô sintió sed al escuchar el rumor del agua; recordó el acueducto de bambú que había al fondo de la casa, y pensó que podía ir hasta allí para beber un sorbo sin perturbar a los que dormían. Corrió con suavidad la mampara que separaba su cuarto del aposento principal; y vio, a la luz de la lámpara, cinco cuerpos recostados… ¡sin cabeza!

Por un instante quedó rígido de asombro, imaginando un crimen. Pero luego advirtió que no había sangre, y que los cuellos decapitados no tenían aspecto de haber sufrido un corte. Pensó entonces:

«O bien se trata de una ilusión de origen diabólico, o bien me trajeron a la morada de un *Rokuro-Kubi*… En el libro *Sôshinki* está escrito que si uno hallara el cuerpo de un *Rokuro-Kubi* sin la cabeza, y trasladase el cuerpo a otro lugar, la cabeza jamás podrá volver a unirse al cuello. Y también dice el libro que cuando la cabeza vuelva y descubra que cambiaron su cuerpo de lugar, golpeará tres veces en el suelo, rebotando como una pelota, con jadeos de temor, y morirá al instante. Ahora bien, si estos

son *Rokuro-Kubi*, querrán hacerme daño; de modo que se justifica que siga las prescripciones del libro».

Tomó el cuerpo del *aruji* por los pies, lo arrastró hacia la ventana y lo arrojó fuera de la casa. Luego se dirigió a la puerta trasera, que halló cerrada con una tranca; y advirtió que las cabezas habían salido a través de la chimenea del techo, que estaba abierta. Abrió la puerta con todo sigilo, salió al jardín y con suma cautela se dirigió hacia el huerto. En el huerto oyó un rumor de voces, y avanzó hacia ellas, al amparo de las sucesivas sombras, hasta que llegó a un buen escondite. Oculto detrás de un tronco, vio las cabezas —cinco en total— que revoloteaban y conversaban entre sí. Comían los gusanos y los insectos que hallaban en el suelo o en los matorrales. De pronto, la cabeza del *aruji* dejó de comer y dijo:

—¡Ah, ese monje viajero que vino esta noche! Cuando lo hayamos comido, nuestros estómagos quedarán colmados… Fui tonto al hablarle de ese modo; así lo induje a recitar los *sûtras* por mi alma. Acercársele mientras recita sería difícil; y no podemos tocarlo mientras ore. Pero como ya está por amanecer, es posible

que se haya dormido… Que uno de ustedes vaya a la casa y vea qué está haciendo.

Otra cabeza —la cabeza de una joven— se elevó y voló hacia la casa con la agilidad de un murciélago. Poco después regresó, y gritó con voz ronca y alarmada:

—El monje viajero no está en la casa. ¡Se fue! Pero eso no es lo peor. Se ha llevado el cuerpo de nuestro *aruji*; y no sé dónde lo ha puesto.

Entonces la cabeza del *aruji* —claramente visible a la luz de la luna— asumió un aspecto espantoso: los ojos se abrieron desmesuradamente, los cabellos se erizaron, los dientes castañetearon. Profirió un alarido brutal y —con lágrimas de furia— exclamó:

—¡Si se ha llevado mi cuerpo, no es posible volver a unirme a él! ¡Entonces debo morir!… ¡Y todo por culpa de ese monje! ¡Pero antes de morir lo encontraré, lo partiré en pedazos, lo devoraré!… Allí está… ¡detrás de ese árbol! ¡Está oculto detrás de ese árbol! ¡Vea al muy cobarde!

Y la cabeza del *aruji*, seguida por las otras cuatro, se arrojó en el acto sobre Kwairyô. Pero el vigoroso sacerdote había arrancado un árbol joven para defenderse, y lo esgrimió contra ellas, golpeándolas con tenacidad. Cuatro cabezas huyeron, pero la del *aruji*, pese a los golpes recibidos, atacaba con desesperación al monje, y al fin le mordió la manga izquierda de su túnica. Kwairyô, no obstante, la apresó sin vacilar por los cabellos y le pegó una y otra vez. La cabeza no le soltó la manga, pero emitió un largo gemido y al fin abandonó la lucha. Estaba muerta. Pero los dientes aún mordían la manga; y Kwairyô, pese a su vigor, no pudo abrir las mandíbulas.

Con la cabeza aún aferrada a la túnica regresó a la casa, donde vio a los otros *Rokuro-Kubi* en cuclillas, con las cabezas maltrechas y ensangrentadas ya unidas a sus cuerpos. Pero, al verlo entrar por la puerta trasera, gritaron al unísono:

—¡El monje! ¡El monje!

Y salieron por la otra puerta, huyendo hacia el bosque.

Hacia el Este se aclaraba el cielo; estaba a punto de romper el alba; y Kwairyô sabía que el poder de los

espectros se limita a las horas de oscuridad. Examinó la cabeza que le colgaba de la túnica, con el rostro embadurnado de sangre, barro y espuma. Y riéndose en voz alta, pensó para sí:

—¡Vaya *miyagé*! ¡La cabeza de un duende!

Luego recogió sus escasas pertenencias y perezosamente descendió por la montaña para proseguir el viaje.

Siguió adelante hasta llegar a Suwa, en Shinano; y caminó con solemnidad por la calle principal de Suwa, con la cabeza colgada del codo. Las mujeres se desvanecían, los niños gritaban y salían corriendo; y hubo tumultos y clamores hasta que la *torité* (así se denominaba a la policía en aquellos tiempos) capturó al sacerdote y lo llevó a prisión. Pues suponían que esa era la cabeza de un hombre asesinado, quien, en el instante de su muerte, había apresado con los dientes la manga del asesino. En cuanto a Kwairyô, se limitó a sonreír y a guardar silencio ante los interrogatorios. Así, luego de pasar la noche en la cárcel, fue conducido ante los magistrados del distrito. Estos lo exhortaron a explicar cómo él, un sacerdote, había sido sorprendido con la cabeza de un hombre

sujeta a su túnica, y por qué se había atrevido a exhibir su crimen ante el pueblo con tan poco pudor…

Kwairyô se rio sin reservas ante estas preguntas; al fin declaró:

—Señores, yo no sujeté esta cabeza a mi túnica: se sujetó sola y contra mi voluntad. Y no he cometido crimen alguno. Pues esta no es la cabeza de un hombre, sino la de un duende, y si causé la muerte de un duende, no fue solo por derramar sangre, sino para tomar los recaudos necesarios para mi propia seguridad…

Y prosiguió con el relato de toda la aventura; al narrar el encuentro con las cinco cabezas, profirió otra carcajada.

Pero los magistrados no se reían. Lo juzgaron un criminal sin miramientos, y su historia un insulto a la inteligencia de los jueces. Por tanto, sin más interrogatorios, decidieron ordenar su ejecución de inmediato. Solo un anciano osó disentir. Este hombre no había hecho ninguna observación durante el juicio, mas, al escuchar la opinión de sus colegas, se incorporó y les dijo:

—Primero examinemos cuidadosamente la cabeza, pues creo que esto aún no se hizo. Si el monje ha dicho la verdad, la cabeza misma le servirá de testigo… ¡Traigan la cabeza!

Y la cabeza, con los dientes aún hincados en la *koromo* de Kwairyô, que este se quitó de sus hombros, fue puesta a consideración de los jueces. El anciano la volvió una y otra vez, la observó escrupulosamente, y descubrió que había en la nuca extraños caracteres rojos. Llamó la atención de sus colegas al respecto, y también destacó que los bordes del cuello no presentaban huellas del filo de ningún arma. Al contrario, la línea divisoria era tan suave como la que separa una hoja amarilla del tallo que la sostiene. Dijo, pues, el anciano:

—Estoy seguro de que el sacerdote no nos ha dicho sino la verdad. Esta es una cabeza de *Rokuro-Kubi*. En el libro *Nan-hô-î-butsu-shi* está escrito que siempre han de hallarse ciertos caracteres rojos en la nuca de un auténtico *Rokuro-Kubi*. Observen los caracteres: pueden ver por ustedes mismos que estos no han sido pintados. Por lo demás, se sabe que hace tiempo que estos duendes habitan las montañas de la provincia de Kai… Pero usted,

señor —exclamó, volviéndose a Kwairyô—, ¿qué clase de sacerdote es? Por cierto, dio prueba de un coraje que pocos monjes poseen; y antes tiene el aire de un soldado que el de un religioso. ¿Acaso has sido samurái?

—Estás en lo cierto, señor —respondió Kwairyô—. Antes de ser sacerdote, me dediqué largo tiempo al servicio de las armas, y en esos días jamás temí a hombre o demonio alguno. Me llamaba entonces Isogai Hêîdazaêmon Takétsura, de Kyûshû: acaso haya entre ustedes alguno que lo recuerde.

Ante el sonido de ese nombre, un murmullo de admiración colmó el tribunal, pues había muchos que lo recordaban. Y Kwairyô inmediatamente se vio rodeado de amigos en lugar de jueces, amigos que ansiaban demostrarle su admiración mediante una gentileza fraterna. Lo escoltaron con honor hasta la morada del *daimyô*, que lo recibió con festejos y no lo dejó ir sin ofrendarle un valioso presente. Kwairyô, al irse de Suwa, era tan feliz como puede serlo un monje en este mundo transitorio. En cuanto a la cabeza, la llevó consigo, insistiendo jocosamente en que se trataba de un *miyagé*.

Solo nos queda referir lo que sucedió con la cabeza.

Uno o dos días después de alejarse de Suwa, Kwairyô se enfrentó con un salteador, quien lo detuvo en un paraje solitario y lo obligó a desnudarse. Kwairyô se quitó en el acto la *koromo* y se la ofreció al salteador, que entonces advirtió lo que colgaba de la manga. El ladrón, aunque no carecía de audacia, quedó estupefacto: dejó caer la túnica y saltó hacia atrás. Luego exclamó:

—¿Pero qué clase de sacerdote eres? ¡Eres peor hombre que yo! Es verdad que cometí asesinatos, pero jamás anduve con la cabeza de nadie sujeta a mi manga… Bien, señor sacerdote, veo que somos de la misma calaña, y debo declarar que lo admiro… Ahora bien, esa cabeza me sería útil: con ella podría atemorizar a la gente.

¿Me la vende? Le doy mi ropa a cambio de su *koromo*, y le daré cinco *ry*ô por la cabeza.

Respondió Kwairyô:

—Te dejaré la cabeza y la túnica, si insistes; pero debo advertirte que esta no es una cabeza de hombre. Es una cabeza de duende. De tal modo que, si la compras y luego te trae problemas, recuerda que no tuve intención de engañarte.

—¡Buen sacerdote eres! —exclamó el salteador—. Matas hombres y luego lo tomas a broma… Pero yo hablo en serio. Aquí está mi túnica y aquí está el dinero; dame, pues, la cabeza… ¿De qué vale bromear?

—Tómala —dijo Kwairyô—. Yo no bromeaba. Lo único gracioso de todo esto, si es que hay algo gracioso, es que seas tan necio como para pagar por una cabeza de duende.

Y Kwairyô siguió su camino con grandes carcajadas.

Así obtuvo el salteador la cabeza y la *koromo*; y durante un tiempo jugó al monje fantasma en las carreteras. Pero, al llegar a las vecindades de Suwa, se enteró de la auténtica historia de la cabeza, y temió que el espíritu del *Rokuro-Kubi* pudiese perturbarlo. De modo que resolvió devolver la cabeza al sitio de dónde provenía, y sepultarla con su cuerpo. Se abrió paso hasta la solitaria choza de los montes de Kai; pero allí no había nadie, y no pudo descubrir el cuerpo. Sepultó entonces la cabeza en el huerto y erigió una lápida sobre la tumba; luego hizo oficiar un servicio *Ségaki* por el espíritu del *Rokuro-Kubi*. Y esa lápida —conocida como la Lápida del Rokuro-Kubi— se conserva (así al menos lo declara el cronista japonés) aún en el día de hoy.

LA DONCELLA DEL ESPEJO

Durante el Shogunado de Ashikaga, el altar de Ogawachi-Myojin, en Minami-Isé, medio se derrumbó; y el *daimyô* del distrito, el señor Kitahataké, apremiado por la guerra y otras circunstancias, no pudo costear la reparación del edificio. El sacerdote sintoísta que estaba a cargo de él, Matsumura Hyogo, se procuró ayuda del gran *daimyô* Hosokawa, de Kyôto, cuya influencia en el Shogun era conocida. El señor Hosokawa recibió al sacerdote con amabilidad, y prometió hablarle al Shogun con respecto a la ruina de Ogawachi-Myojin. De todos modos, le advirtió que solo podrían obtenerse fondos para la restauración del templo después de la debida investigación y una considerable demora, y le aconsejó a Matsumura que permaneciera en la capital mientras se tramitaba la subvención. Matsumura, pues, trajo a su familia a Kyôto y alquiló una casa en el antiguo barrio de Kyogoku.

Esta casa, aunque espaciosa y elegante, había permanecido desocupada durante mucho tiempo. Se decía que era una casa de infortunio. En el sector noreste había una fuente, y algunos de los anteriores habitantes se habían ahogado en ella, sin que nadie supiera la causa. Pero Matsumura, como era sacerdote, no temía a los

espíritus malignos; y no tardó en instalarse cómodamente en su nuevo hogar.

En el verano de ese año hubo una terrible sequía. Hacía meses que no llovía en las Cinco Provincias Domésticas; los cauces se secaron, se agotaron las fuentes, hasta en la capital escaseaba el agua. Pero la fuente del jardín de Matsumura permanecía rebosante, como si un arroyo la alimentara, con agua fría y cristalina, de leves tintes azulados. En esa tórrida temporada mucha gente acudía de todas partes de la ciudad para rogar que le dieran agua; Matsumura les permitía llevar toda la que gustaran. La provisión de agua, sin embargo, no parecía menguar jamás.

Pero una mañana hallaron en la fuente el cadáver flotante de un sirviente de la vecindad, al que habían enviado en busca de agua. Al parecer, no había causa que justificara un suicidio; y Matsumura, recordando los ingratos rumores que aludían a la fuente, comenzó a sospechar una presencia malévola e invisible. Acudió a examinar la fuente, con la intención de rodearla con una cerca; mientras realizaba esa tarea, lo sorprendió una súbita agitación del agua, como si algo vivo palpitara en

ella. Esa agitación cesó en el acto; entonces Matsumura vio, claramente reflejado en la tersa superficie, el rostro de una joven de unos diecinueve o veinte años de edad. Parecía estar maquillándose; con toda nitidez, él advirtió cómo se rozaba los labios con *béni*. Al principio el rostro solo era visible de perfil, pero de inmediato se volvió hacia él con una sonrisa. Un extraño temblor estremeció el corazón del sacerdote, quien se vio abrumado por una somnolencia semejante a la que provoca el vino; le rodeó una tiniebla solo interrumpida por ese rostro sonriente, pálido y hermoso como la luz de la luna, cuya belleza parecía crecer para arrastrarlo a esa insondable oscuridad. Con un esfuerzo desesperado, Matsumura recobró la voluntad y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, el rostro ya no estaba y había vuelto la luz: el sacerdote se sorprendió echado sobre el borde de la fuente; un segundo más de somnolencia, un segundo más de esa presencia enceguecedora, y jamás habría vuelto a ver el sol.

Al regresar a la casa, ordenó a su gente que nadie se acercara a la fuente por ninguna circunstancia, y que a nadie le permitieran ir en busca de agua. Y al día siguiente, hizo erigir una empalizada alrededor de la fuente.

Una semana después de la construcción de la cerca, una furiosa tormenta interrumpió la sequía; la zona se vio azotada por rayos, vendavales y truenos, truenos de tal magnitud que estremecían a toda la ciudad, como un terremoto. Durante tres días y tres noches arreciaron las lluvias, los relámpagos y los truenos; y el Kanogawa creció con desconocido furor, arrastrando numerosos puentes. En la tercera noche del temporal, a la Hora del Buey, golpes perentorios sacudieron la puerta de la casa del sacerdote, seguidos de la voz de una mujer que rogaba que la dejaran entrar. Pero Matsumura, alertado por su experiencia de la fuente, vedó a la servidumbre responder a la llamada. Él mismo acudió, preguntando:

—¿Quién llama?

Una voz femenina respondió:

—¡Perdón! Soy yo, Yayoi. Tengo algo que decir a Matsumura Sama…, algo muy urgente. ¡Ábreme, por favor!

Matsumura entreabrió la puerta con suma cautela, y vio el mismo rostro que le había sonreído desde la fuente. Pero ahora no sonreía: parecía muy contristado.

—No entrarás en mi casa —exclamó el sacerdote—. No eres un ser humano, sino una Criatura de la Fuente… ¿Por qué engañas y destruyes a la gente con tal perversidad?

La Criatura de la Fuente respondió con una voz tan melodiosa como el entrechocar de *joyas (tama-wo-koro-gasu-koé*):

—Precisamente de eso vengo a hablar… Jamás quise dañar a los seres humanos. Desde hacía mucho tiempo un Dragón Ponzoñoso habitaba esa fuente. Era el Amo de la Fuente, y por su causa esta siempre rebosaba. Hace mucho yo me caí al agua y de tal modo me transformé en su esclava; y él tenía el poder de atraer a la gente a la muerte, para así alimentarse con la sangre de las víctimas. Pero el Emperador Celestial ordenó que el Dragón morara, en adelante, en el lago llamado Torii-no-Iké, en la provincia de Shinshu, y los dioses han decidido que jamás pueda regresar a esta ciudad. Esta noche, pues, en cuanto él partió, yo pude salir y venir en busca de tu benévola ayuda. Como el Dragón se ha ido, hay en la fuente muy poca agua; si ordenas investigar, allí hallarás mi cadáver. Te ruego que lo rescates sin demora, y por cierto que recompensaré tu bondad…

Dijo estas palabras, y se esfumó en la sombra.

Antes del alba se disipó la tormenta; y cuando surgió el sol, ni una nube maculaba el límpido cielo azul. En las primeras horas de la mañana, Matsumura mandó buscar obreros para limpiar la fuente. Para asombro general, la fuente estaba casi vacía. La limpiaron sin dificultad, y en el fondo descubrieron ciertos adornos de estilo muy antiguo y un espejo de metal de forma muy curiosa, pero no había trazas de ningún cadáver, ni animal ni humano.

Matsumura supuso que el espejo acaso ofreciera alguna explicación del enigma; pues tales espejos siempre son objetos extraños, ya que tienen un alma propia, y esa alma es femenina. El espejo parecía muy viejo y estaba cubierto por una gruesa costra de arcilla. El sacerdote ordenó limpiarlo y descubrieron que se trataba de una obra artesanal muy rara y valiosa, en cuyo dorso había maravillosos diseños, además de diversos caracteres. Algunos de los caracteres se habían vuelto ilegibles, pero aún podía distinguirse parte de una fecha y unos ideogramas que significaban «el tercer mes, el tercer día». Ahora bien, el tercer mes solía denominarse *Yayoi* (o sea, el Mes del Incremento); y el tercer día del tercer

mes, que es día de fiesta, aún se denomina *Yayoi-no-sekku*. Matsumura recordó que la Criatura de la Fuente se había presentado como «Yayoi», y estuvo casi seguro de que este visitante espectral no era sino el Alma del Espejo.

Decidió, pues, tratar al espejo con todos los respetos debidos a un Espíritu. Tras ordenar que lo pulieran y cromaran cuidadosamente, hizo construir un cofre de madera para guardarlo, y un cuarto en la casa para albergarlo. En la noche del mismo día que lo depositaron en ese cuarto, la misma Yayoi compareció inesperadamente ante el sacerdote, que estaba a solas en su estudio. Parecía más adorable que antes, pero la luz que irradiaba su belleza era ahora tan tenue como la de la luna estival cuando brilla a través de nubes de blanca pureza. Tras saludar a Matsumura con humildad, dijo con su voz dulce y melodiosa:

—Ahora que me has arrebatado a la soledad y el dolor, vine a agradecértelo… Soy, tal como tú pensabas, el Espíritu del Espejo. Me trajeron aquí en época del Emperador Saimei, desde Kudara; y moré en la augusta residencia hasta el tiempo del Emperador Saga, en que

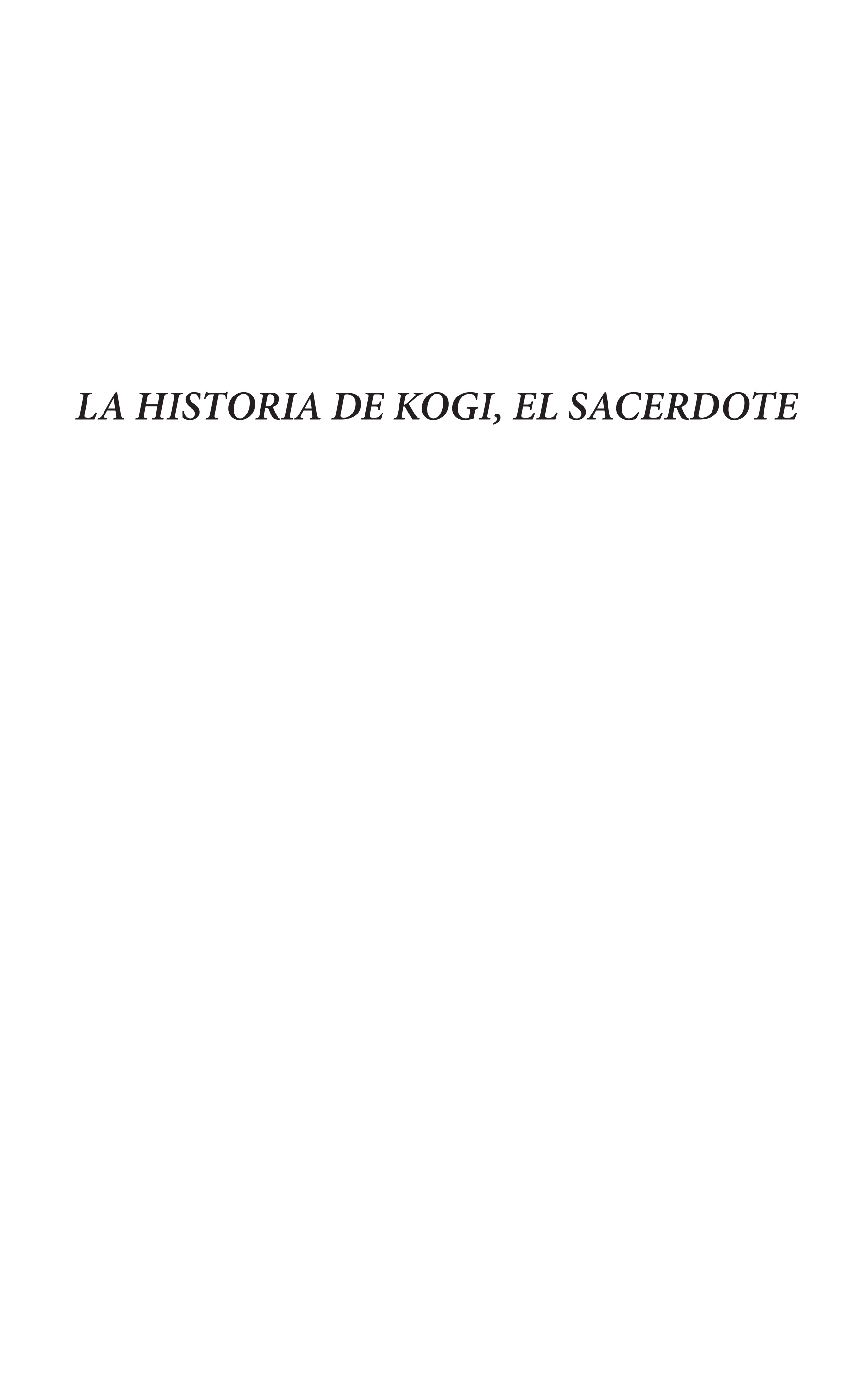
fui augustamente ofrecido a la dama Kamo Naishinno de la Corte Imperial. Más tarde me transformé en objeto hereditario de la Casa de Fujiwara, y eso duró hasta el periodo de Hogen, en que fui arrojado a la fuente. Allí me dejaron y me olvidaron durante los años de la gran guerra. El Amo de la Fuente era un Dragón venenoso que habitaba un lago que anteriormente cubría gran parte de este distrito. Cuando el gobierno ordenó rellenar el lago para que pudieran edificarse casas en el lugar que aquel ocupaba, el Dragón se apoderó de la fuente; y al caer en ella quedé sujeta a su poder, y me obligó a arrastrar a muchos a la muerte. Pero los dioses lo han exiliado para siempre… Ahora debo pedirte un nuevo favor: te imploro que me hagas llegar hasta el Shogun, el señor Yoshimasa, quien por ascendencia está ligado a mis anteriores propietarios. Ofréceme esta última gentileza, y te traerá buena suerte… Aunque también debo advertirte un peligro. En esta casa, después de mañana, no conviene que permanezcas, pues será destruida…

Y con tal advertencia, Yayoi desapareció.

Matsumura prestó oídos a esa premonición. Al día siguiente hizo mudar a su gente y sus pertenencias a otro

distrito; casi enseguida se levantó otra tormenta, aún más violenta que la anterior, y esta provocó una inundación que arrastró la casa que él había habitado.

Poco después, por mediación del señor Hosokawa, Matsumura logró obtener una audiencia con el Shogun Yoshimasa, a quien le presentó el espejo, adjuntándole por escrito su maravillosa historia. Entonces se cumplió la predicción del Espíritu del Espejo, pues el Shogun, harto complacido por este extraño regalo, no solo le ofreció a Matsumura valiosos presentes, sino que le otorgó una generosa subvención para la reconstrucción del Templo de Ogawachi-Myojin.



LA HISTORIA DE KOGI, EL SACERDOTE

Hace casi diez siglos, en el famoso templo Miidera, de Otsu, vivía un docto sacerdote llamado Kogi. Era un gran artista. Pintaba, con casi idéntica maestría, budas, hermosos paisajes, animales o pájaros; pero lo que más le gustaba era pintar peces. Cuando el buen tiempo y sus deberes religiosos se lo permitían, solía llegarse hasta el Lago Biwa y pagarles a los pescadores para que atraparan peces sin causarles el menor daño, de modo que pudiera pintarlos mientras ellos nadaban en una enorme pecera. Luego de pintarlos y alimentarlos con afecto, les devolvía la libertad; él mismo se encargaba de llevarlos al lago. Sus pinturas de peces lograron tanta fama que la gente recorría grandes distancias para contemplarlas. Pero la más maravillosa de ellas no fue copiada de la vida, sino del recuerdo de un sueño. Pues una vez que estaba en la ribera del lago y contemplaba los peces que nadaban, Kogi se había dormido y soñó que jugaba con ellos debajo del agua. Al despertar, evocó el sueño con tal nitidez que pudo pintarlo; y llamó a esta pintura, que colgó en la alcoba de su cuarto en el templo, «Carpa del sueño».

Jamás pudieron persuadir a Kogi de que vendiera sus pinturas de peces. Sin dificultad se desprendía de sus paisajes, sus pájaros o sus flores, pero alegaba que no estaba dispuesto a vender sus cuadros de peces vivientes a nadie que tuviera la crueldad de matarlos o comerlos.

Y como todas las personas que querían comprarle los cuadros se alimentaban con pescado, el dinero que le ofrecían no bastaba para tentar al sacerdote.

Un verano, Kogi cayó enfermo, y a la semana perdió la facultad del habla y el movimiento, de modo que parecía muerto. Pero, cumplida la ceremonia fúnebre, sus discípulos advirtieron que el cuerpo aún irradiaba un poco de calor, y decidieron postergar la sepultura y vigilar el aparente cadáver. En la tarde de ese día, Kogi súbitamente revivió e interrogó a los centinelas, preguntándoles:

—¿Cuánto hace que permanezco sin conocimiento?

—Más de tres días —respondió un acólito—. Pensamos que habías muerto; y esta mañana tus amigos y feligreses se congregaron en el templo para la ceremonia fúnebre, pero, como advertimos que tu cuerpo no estaba del todo frío, aplazamos el entierro, de lo cual mucho nos regocijamos.

Kogi hizo un gesto aprobatorio, y dijo:

—Deseo que alguno de ustedes vaya inmediatamente a la casa de Taira no Suké, donde los jóvenes celebran un

banquete en este mismo momento, con pescado y con vino, y que le diga: «Nuestro maestro ha revivido y les implora que tengan la bondad de dejar su fiesta y comparecer ante él de inmediato, pues tiene una maravillosa historia que contarles». Entretanto —continuó Kogi—, observen lo que hacen Suké y sus hermanos. Comprueben si, tal como digo, celebran un banquete.

Entonces un acólito partió de inmediato a la casa de Taira no Suké, y descubrió con asombro que Suké y su hermano Juro, con el sirviente de ambos, Kamori, celebraban un banquete, tal como Kogi había dicho. Pero, al recibir el mensaje, los tres dejaron en el acto el pescado y el vino, y se dirigieron al templo. Kogi, echado sobre el sillón al que lo habían trasladado, los recibió con una sonrisa de bienvenida; y, tras el intercambio de amables saludos, le dijo a Suké:

—Ahora, amigo mío, respóndeme por favor a algunas preguntas que quiero formularte. Ante todo, te ruego que me digas si hoy le compraste un pescado al pescador Bunshi.

—Pues sí, en efecto —respondió Suké—, ¿pero cómo lo supiste?

—Aguarda un momento —dijo el sacerdote—. Ese pescador hoy entró en tu casa, con un pescado de tres pies de largo en su cesta: fue a primeras horas de la tarde, poco después de que tú y Juro comenzaran una partida de *go*; y Kamori estaba observando la partida y comiendo un durazno, ¿no es verdad?

—Es verdad —exclamaron al unísono Suké y Kamori, con creciente asombro.

—Y cuando Kamori vio ese enorme pescado —prosiguió Kogi—, en el acto quiso comprarlo; y, además de pagar por el precio del pescado, le dio a Bunshi algunos duraznos, en una fuente, y tres copas de vino. Entonces llamaron al cocinero, que vino y contempló el pescado con admiración; y luego, a una orden suya, lo cortó en rodajas y lo preparó para el banquete… ¿No fue todo tal como he dicho?

—Sí —respondió Suké—, pero mucho nos sorprende que sepas todo lo que hoy ocurrió en nuestra casa. Por favor, dinos cómo lo supiste.

«—Vamos, pues, a mi historia —dijo el sacerdote—. Sabes que casi todos me creyeron muerto; ustedes

mismos concurrieron a mi ceremonia fúnebre. Pero yo no creo que hace tres días estuviera gravemente enfermo: solo recuerdo que sentía cierta debilidad y mucho calor, y que deseaba salir a tomar aire fresco. Y creí levantarme de la cama, con gran esfuerzo y salir con ayuda de un bastón… Acaso esto haya sido imaginación mía, más pronto juzgarán la verdad por ustedes mismos: les referiré todo tal como pareció suceder… Apenas salí de la casa, esa atmósfera rutilante me infundió cierta ligereza, me sentí como un ave que abandona el nido o la jaula que lo apresaba. Di vueltas hasta llegar al lago y el agua se veía tan hermosa y azul que sentí grandes deseos de nadar. Me quité las ropas, me zambullí, y me puse a nadar, sorprendiéndome de que lo hiciera con tal destreza y rapidez, pues antes de enfermar fui siempre mal nadador… Acaso piensan que solo les relato un sueño sin importancia, pero escuchen. Siempre intrigado por esta habilidad nueva para mí, vi muchos peces que nadaban debajo y alrededor de mí, y reflexioné que, por buen nadador que sea un hombre, jamás gozará bajo el agua como los peces. En ese preciso instante, un pez enorme asomó la cabeza sobre la superficie, justo frente a mí, y me habló con voz de hombre, diciendo:

—No es difícil satisfacer tu deseo. Aguarda un momento, te lo ruego.

El pez se sumergió y desapareció de mi vista; aguardé. Pocos minutos después, emergió del fondo del lago un hombre que montaba a lomos de ese mismo pez que me había hablado, y que lucía el tocado y las ropas ceremoniales de un príncipe; y el hombre me dijo:

—Vengo a ti con un mensaje del Rey Dragón, quien sabe de tu deseo de gozar por un tiempo breve de la condición de pez. Y como has salvado la vida de muchos peces, y siempre has demostrado compasión hacia las criaturas vivientes, el Dios te confiere el atuendo de la Carpa Dorada, para que puedas disfrutar de los placeres del Mundo del Agua. Mas debes guardarte de no comer peces, ni comida alguna preparada con peces, por mucho que te tiente su aroma; y también debes cuidarte de no caer en manos de los pescadores ni de infligir ningún daño a tu cuerpo.

Con estas palabras, el mensajero y su pez se zambulleron y desapareciendo en las aguas profundas. Me miré a mí mismo, y advertí que todo mi cuerpo estaba cubierto de escamas que relucían como el oro, y que tenía

aletas… Advertí que, en efecto, me habían transformado en una Carpa Dorada. Entonces supe que podía nadar adonde quisiera.

Luego creí alejarme a nado y visitar muchos sitios hermosos. A veces, me bastaba contemplar los destellos del sol que danzaban sobre el agua azul, o admirar el hermoso reflejo de árboles y colinas en las tersas superficies resguardadas del viento, para sentir delectación… Recuerdo especialmente la costa de una isla (Okitsushima o Chikubushima) que se reflejaba en el agua como un muro rojo… A veces me acercaba tanto a la costa que veía los rostros y oía las voces de los caminantes; a veces me dormía en el agua hasta que me sorprendía el rumor de unos remos que se acercaban. Por la noche, la luna iluminaba plácidos paisajes, aunque más de una vez me atemorizó la proximidad de las antorchas de los botes pequeños de Katasé. Cuando empeoraba el tiempo, iba muy, muy hondo (hasta mil pies de profundidad) y jugaba en el fondo del lago. Pero, a los dos o tres días de este gozoso vagabundeo, empecé a sentir hambre, y regresé hacia estos parajes con la esperanza de hallar algún alimento. En ese preciso instante estaba pescando el pescador Bunshi, y yo me

acerqué al anzuelo que este había arrojado al agua. Había en él una preparación de pescado que despedía un aroma agradable. En ese momento recordé la advertencia del Rey Dragón y me alejé a nado, diciéndome “Por ninguna circunstancia he de comer nada que contenga pescado; soy un discípulo del Buda”. Poco después, sin embargo, mi hambre se volvió tan intensa que no pude resistir la tentación; y nadé hacia el anzuelo, pensando: “Aun si Bunshi me atrapara, no me haría daño, pues es un viejo amigo mío”. No pude arrancar la carnada del anzuelo, y ese aroma entrañable me impacientó; al fin lo engullí todo de un trago. En cuanto lo hice, Bunshi tiró del sedal y me atrapó. Le grité:

—¿Qué haces? ¡Me lastimas!

Pero él no pareció oírme, y de inmediato maniató mis mandíbulas con una cuerda.

Luego me arrojó a su cesta y me llevó a su casa. Cuando abrieron la cesta, vi que tú y Juro jugaban al *go* en la habitación que da al sur, y que Kamori te observaba, comiendo un durazno. Entonces todos se acercaron a la galería para contemplarme, y se regocijaron al ver un pez tan enorme. Clamé, tan alto como pude:

—¡No soy un pez! ¡Soy Kogi! ¡Kogi, el sacerdote! ¡Déjenme volver al templo, por favor!

Pero todos daban palmadas de satisfacción, y no prestaban atención a mis palabras. Entonces su cocinero me llevó a la cocina y me arrojó con violencia sobre una tabla, donde había un cuchillo de formidable filo. Me aferró con la mano izquierda y con la derecha tomó el cuchillo. Yo le grité:

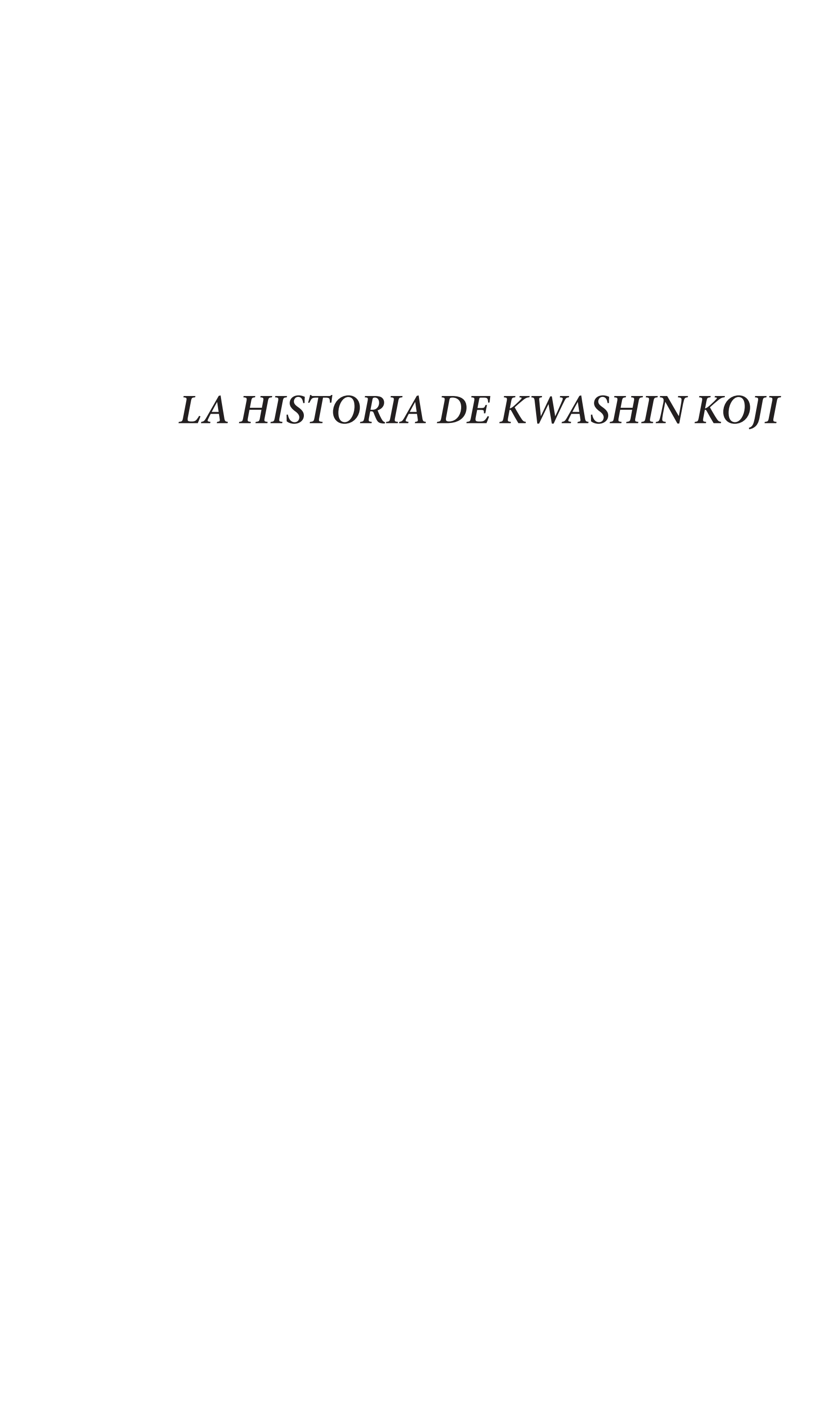
—¡Cómo puedes matarme con tal crueldad! ¡Soy un discípulo del Buda! ¡Auxilio, auxilio!

Pero en ese instante sentí que el cuchillo me laceraba… ¡Un dolor atroz! Y entonces desperté, súbitamente, y me encontré aquí, en el templo».

Cuando el sacerdote completó su relato, los hermanos manifestaron gran asombro; le dijo Suké:

—Ahora recuerdo que advertí que las mandíbulas del pez se movían constantemente mientras lo mirábamos: pero no escuché ninguna voz… Enviaré un sirviente a la casa para que arroje al lago los restos de ese pez.

Kogi no tardó en recobrarse de su enfermedad y vivió para pintar muchos cuadros. Se cuenta que, mucho después de su muerte, algunos de sus cuadros de peces cayeron accidentalmente al lago y que las imágenes, desprendiéndose en el acto de la seda o el papel donde estaban pintadas, se alejaron a nado.



LA HISTORIA DE KWASHIN KOJI

En el periodo de Tenshô, vivía en uno de los distritos del norte de Kyôto un anciano a quien la gente llamaba Kwashin Koji. Lucía una larga barba blanca, y siempre vestía como un sacerdote sintoísta; pero se ganaba la vida exhibiendo pinturas budistas y predicando la doctrina budista. Solía ir, cada vez que el tiempo era propicio, a los jardines del templo Gion, y colgaba de algún árbol un amplio *kakémono* en el que figuraban los suplicios de los diversos infiernos. Este *kakémono* estaba pintado con tal exactitud que todo lo que representaba parecía real; y el anciano solía dirigirse a cuantos se congregaban para contemplarlo, y explicarles la ley de la causa y el efecto, señalando con una vara búdica (*nyoi*), que siempre llevaba consigo, cada detalle de los diferentes tormentos, exhortándolos a seguir las enseñanzas del Buda. Grupos multitudinarios se congregaban para ver el cuadro y escuchar las prédicas del anciano; y a veces, la estera que este tendía en el suelo para recibir las contribuciones quedaba oculta por un cúmulo de monedas.

Oda Nobunaga era a la sazón gobernador de Kyôto y de las provincias vecinas. Uno de sus servidores, Arakawa, estando de visita en el templo de Gion, vio la pintura allí expuesta y luego procedió a comentarla en

palacio. La descripción de Arakawa despertó el interés de Nobunaga, quien dio orden de que Kwashin Koji se presentara en el acto con su pintura.

Cuando Nobunaga vio el *kakémono* no pudo ocultar su asombro ante la vivacidad de la obra: los demonios y los espíritus atormentados parecían palpitar ante sus ojos, sus aullidos parecían audibles, y la sangre allí representada parecía fluir con tal fuerza que Nobunaga no pudo evitar rozar la tela con el dedo para comprobar si no estaba mojada. Pero el dedo no se manchó, pues el papel estaba perfectamente seco. Cada vez más atónito, Nobunaga preguntó quién había ejecutado ese cuadro maravilloso. Kwashin Koji respondió que era obra del famoso Oguri Sotan, quien la había pintado tras realizar durante cien días un cotidiano rito de purificación, practicar severas austeridades, y rogar fervorosamente al divino Kwannon del Templo Kiyomidzu que lo inspirara.

Al advertir la codicia que el *kakémono* despertaba en Nobunaga, Arakawa le preguntó a Kwashin Koji si estaba dispuesto a «ofrecérsela» al señor en calidad de presente. Pero el anciano respondió con audacia:

—Esta pintura es el único objeto de valor que poseo y mostrándosela a la gente puedo hacer un poco de dinero.

Si se la regalara al señor, me privaría de mi único medio de manutención. Sin embargo, si el señor ansía poseerla, págueme por ella la suma de cien *ry*ô de oro. Con esa suma, podría iniciar algún negocio fructífero. De lo contrario, me veré obligado a conservar la pintura.

Nobunaga no pareció satisfecho con tal respuesta; guardó silencio. Arakawa, entonces, susurró algo al oído del señor, que hizo un gesto aprobatorio; y Kwashin Koji fue despedido con un pequeño presente en dinero.

Mas cuando el anciano abandonó el palacio, Arakawa lo siguió en secreto, dispuesto a adueñarse del cuadro por medios deshonestos. Su oportunidad no tardó en presentarse, pues Kwashin Koji tomó un camino que conducía directamente a las colinas de las afueras. Al llegar a un paraje solitario al pie de las colinas, en que el camino viraba con brusquedad, fue sorprendido por Arakawa, que le dijo:

—¿Cómo te atreviste a pedir cien *ry*ô de oro por ese cuadro? En lugar de cien *ry*ô de oro, ahora te daré una pieza de acero de tres pies de largo.

Arakawa desenvainó la espada, mató al anciano y se llevó el cuadro.

Al día siguiente, Arakawa le entregó el *kakémono* —aún cubierto por la envoltura que le había hecho Kwashin Koji antes de salir del palacio— a Oda Nobunaga, quien ordenó que lo colgasen ante él. Pero, una vez expuesto el cuadro, tanto Nobunaga como su servidor quedaron atónitos al descubrir que no había pintura alguna… solo una superficie desierta. Arakawa fue incapaz de explicar cómo había desaparecido la pintura original; y como era culpable —mediante su voluntad o sin ella— de haber engañado a su amo, se decidió castigarlo. De modo que fue condenado a un prolongado periodo de cárcel.

No bien hubo cumplido su condena, Arakawa se enteró de que Kwashin Koji exhibía el famoso cuadro en los jardines del Templo Kitano. Arakawa no podía dar crédito a sus oídos, pero tal información le infundió la vaga esperanza de apoderarse de un modo u otro del *kakémono*, y de tal forma redimir su falta. Por tanto, reunió en el acto a algunos de sus secuaces y se encaminó al templo; pero en cuanto llegó, le dijeron que Kwashin Koji se había ido.

Varios días más tarde, le informaron a Arakawa que Kwashin Koji exhibía el cuadro en el Templo Kiyomidzu,

mientras predicaba ante la multitud. Arakawa se apresuró a ir a Kiyomidzu, pero solo llegó para ver que la multitud se dispersaba, pues que Kwashin Koji había desaparecido una vez más.

Al fin sucedió que, un día, Arakawa, de modo imprevisto, vio a Kwashin Koji en una taberna, y lo capturó de inmediato. El anciano se rio de buena gana al verse apresado, diciendo:

—Iré contigo, pero por favor espera a que beba un poco de vino.

Arakawa no opuso objeciones a este pedido; y Kwashin entonces bebió, para asombro de los presentes, doce tazones de vino. Solo al beber el último se declaró satisfecho; Arakawa ordenó que lo sujetaran con una cuerda y lo condujeran a la residencia de Nobunaga.

En el patio del palacio, Kwashin Koji fue examinado sin demora por el Primer Oficial y recibió una severa reprimenda. El Primer Oficial le dijo al fin:

—Es evidente que has engañado a la gente mediante prácticas mágicas; basta esa ofensa para acarrearte duros

castigos. Sin embargo, si con todo respeto le ofreces ese cuadro al señor Nobunaga, pasaremos por alto tu culpa esta vez. De lo contrario, recibirás un castigo sin atenuantes.

Ante tal amenaza, Kwashin Koji se rio con estrépito y exclamó:

—No soy yo el culpable de haber engañado a la gente —y añadió, volviéndose hacia Arakawa—. ¡Eres tú quien lo ha hecho! Quisiste halagar al señor dándole el cuadro, e intentaste matarme para apoderarte de él. Si existe el delito, eso es un delito, sin duda alguna. La suerte decidió que no hayas podido matarme, pero si lo hubieses logrado, como era tu deseo, ¿qué habrías alegado como excusa? De todos modos, robaste el cuadro. Lo que tengo yo es solo una copia. Y después de robar el cuadro, preferiste no dárselo al señor Nobunaga y elaboraste un plan para conservarlo. De modo que le ofreciste al señor Nobunaga un *kakémono* en blanco; y, para ocultar tu acto y tu propósito secreto, simulaste que yo te había engañado reemplazando el *kakémono* auténtico por el que estaba en blanco. Yo ignoro dónde está el verdadero cuadro. Es probable que tú lo sepas.

Tales palabras enardecieron a Arakawa, que se abalanzó hacia el prisionero, y lo habría matado a no ser por la mediación de los guardias. Este súbito paroxismo indujo al Primer Oficial a sospechar que Arakawa no era en absoluto inocente. Ordenó encarcelar a Kwashin Koji mientras tanto, y luego procedió a interrogar escrupulosamente a Arakawa. Arakawa, por naturaleza, hablaba con dificultad; y en esta ocasión estaba tan alterado que apenas podía pronunciar las palabras; tartamudeó y se contradijo, y delató todas las señales de la culpa. El Primer Oficial ordenó que apalearan a Arakawa hasta que este confesara la verdad. Pero aun simular tal confesión se le hacía difícil a Arakawa, de modo que lo golpearon con un bambú hasta que los sentidos lo abandonaron y yació como muerto.

En la prisión, Kwashin Koji se enteró de lo sucedido a Arakawa, y se echó a reír.

Pero luego le dijo al carcelero:

—¡Escucha! El tal Arakawa se comportó como un bribón, sin duda, y con toda intención quise que sufriera ese castigo para corregir sus malignas inclinaciones. Pero ahora dile al Primer Oficial, por favor, que Arakawa debe

ignorar la verdad, y que yo puedo explicarlo todo en forma satisfactoria.

Entonces Kwashin Koji fue conducido una vez más ante el Primer Oficial, a quien hizo la siguiente declaración:

—En toda pintura de auténtico genio habita un espíritu, y dicha pintura, al disponer de voluntad propia, puede rehusar apartarse de la persona que le dio vida, o aun de su verdadero dueño. Hay muchas historias que prueban que los cuadros realmente excelsos tienen un alma. Se sabe que ciertos gorriones que Hogen Yenshin pintó sobre un biombo, una vez se alejaron volando, dejando libres los espacios que ocuparon sobre esa superficie. También se sabe que un caballo, pintado en un *kakémono*, solía salir de noche a pastar. Ahora bien, creo que en el presente caso, en tanto que el señor Nobunaga jamás fue el verdadero dueño de mi *kakémono*, la pintura voluntariamente se desvaneció del papel en cuanto este fue expuesto en su presencia. Pero si me das el precio que yo exigí al principio, cien *ry*ô de oro, pienso que la pintura reaparecerá, por voluntad propia, sobre ese papel que está en blanco. En todo caso, intentémoslo. No

hay nada que arriesgar, pues, si la pintura no reaparece, devolveré el dinero en el acto.

Tan extrañas afirmaciones indujeron a Nobunaga a ordenar que se pagaran los cien *ry*ô. El *kakémono* fue desplazado en su presencia y, para asombro de los concurrentes, la pintura reapareció con todos sus detalles. Pero los colores parecían haberse desleído, y las imágenes de almas y demonios no tenían la misma vitalidad. Al percibir la diferencia, el señor le pidió a Kwashin Koji que explicara la causa; Kwashin Koji replicó:

—El valor de la pintura que viste al principio era el valor de una pintura que no tenía precio. Pero el valor de la pintura que ves ahora representa exactamente lo que has pagado por ella: cien *ry*ô de oro. No podía ser de otra forma.

Ante tal respuesta, todos los presentes comprendieron que era harto más que inútil presentar más objeciones al anciano. Este recobró la libertad de inmediato; Arakawa también fue liberado, pues había expiado su culpa con creces con el castigo que padeciera.

Ahora bien, Arakawa tenía un hermano menor llamado Buichi, también al servicio de Nobunaga. Buichi

estaba exasperado a causa del castigo y la prisión de Arakawa, y decidió matar a Kwashin Koji. Kwashin Koji, apenas se vio en libertad, se dirigió a una taberna y pidió vino. Buichi lo siguió hasta la taberna, lo atravesó con la espada y lo decapitó. Luego tomó los cien *ry*ô que le habían pagado al anciano, envolvió con un trapo la cabeza y el oro, y se apresuró a mostrárselos a Arakawa. Pero al quitar el trapo, solo halló una jarra de vino en lugar de la cabeza y un montón de mugre en lugar de oro. Ambos hermanos quedaron aún más estupefactos al enterarse de que el cadáver decapitado había desaparecido de la taberna, sin que nadie supiera cómo o cuándo.

Solo al mes hubo noticias de Kwashin Koji, cuando alguien descubrió, en el pórtico del palacio del señor Nobunaga, a un borracho que roncaba con tal estrépito que cada ronquido retumbaba como el estruendo de un trueno distante. Un guardia comprobó que el borracho era Kwashin Koji. Por esa insolencia, el anciano fue arrastrado a una celda. Mas no se despertó; y siguió durmiendo en prisión, durante diez días y diez noches, ininterrumpidamente, y desde muy lejos se oían sus estentóreos ronquidos.

En ese entonces murió el señor Nobunaga, víctima de la traición de uno de sus capitanes, Akéchi Mitsuhidé, quien usurpó el poder de inmediato. Aunque el gobierno de Mitsuhidé no resistió más de doce días.

El caso es que cuando Mitsuhidé se adueñó de Kyôto, llegó a sus oídos la historia de Kwashin Koji, y ordenó que el prisionero fuera traído a su presencia. Kwashin Koji, en efecto, compareció ante el nuevo señor; pero Mitsuhidé le habló afablemente, lo trató como a un huésped y ordenó que le sirvieran una buena cena. En cuanto el anciano dejó de comer, Mitsuhidé le dijo:

—Supe que eres muy aficionado al vino. ¿Cuánto vino puedes beber de una sola sentada?

—En verdad no lo sé —respondió Kwashin Koji—; dejo de beber cuando siento que el sopor está por vencerme.

Entonces el señor hizo traer una gran copa de vino para Kwashin Koji, y ordenó a un sirviente que la llenara tantas veces como lo deseara el anciano. Y Kwashin Koji vació la copa diez veces consecutivas, y pidió más; pero el sirviente declaró que en el recipiente no quedaba más

vino. Tal proeza asombró a todos los presentes. Y el señor preguntó a Kwashin Koji:

—¿Aún no está satisfecho, señor?

—En fin, sí —respondió Kwashin Koji—, puede decirse que lo estoy. Y ahora, para agradecerle su augusta bondad, haré una pequeña exhibición de mi arte. Tenga la deferencia, pues, de observar ese biombo.

Señaló un biombo de ocho hojas en el que estaban pintadas las Ocho Hermosas Vistas del Lago de *Omi (Omi-Hakkei*); y todos observaron el biombo. En uno de los paisajes, el artista había representado un hombre que remaba a lo lejos, cuyo bote no ocupaba, en la superficie del biombo, más de una pulgada de largo. Kwashin Koji agitó la mano en dirección al bote; y todos vieron como el bote giraba súbitamente y comenzaba a avanzar hacia el primer plano de la pintura. A medida que se acercaba, aumentaba de tamaño, y los rasgos del botero no tardaron en ser claramente discernibles. El bote —cada vez más grande— se aproximó aún más, hasta que pareció estar a muy corta distancia e inesperadamente el agua del lago pareció desbordar de la pintura a la habitación. Esta se inundó y los espectadores se apresuraron a recoger sus

mantos, pues el agua les llegaba hasta las rodillas. En ese mismo instante, el bote pareció deslizarse fuera del biombo; era un auténtico bote de pesca, y se escuchaba el crujido de su único remo. El nivel del agua continuó su ascenso, hasta que cubrió la cintura de los espectadores. Entonces el bote se acercó a Kwashin Koji, y Kwashin Koji subió a bordo; la embarcación viró, y comenzó a alejarse suavemente. A medida que se alejaba el bote, descendía el nivel del agua, que parecía regresar al biombo. En cuanto el bote dejó el primer plano de la pintura, la habitación volvió a secarse, mas la embarcación aún parecía bogar en el agua pintada, alejándose cada vez más y tornándose cada vez más pequeña, hasta que se redujo a un punto en el horizonte. Entonces desapareció por completo, y con ella desapareció Kwashin Koji. Jamás se lo volvió a ver en Japón.

"Un extraño temblor estremeció el corazón del sacerdote, quien se vio abrumado por una somnolencia semejante a la que provoca el vino; le rodeó una tiniebla solo interrumpida por ese rostro sonriente, pálido y hermoso como la luz de la luna...

Colección
Lima Lee

